

BIBLIOTECA **BlowUp** NOVELAS CORTAS

Los dueños del ritmo

José Eduardo Tornay



LA FABRICA

JOSÉ EDUARDO TORNAY

José Eduardo Tornay **Los dueños del ritmo**

La tragedia cotidiana que oculta *Los dueños del ritmo* se desarrolla a lo largo de una tarde. No necesita **José Eduardo Tornay** más tiempo para construir un personaje tan complejo y reconocible como el de Vicente Carrillo Fowler, ese ejecutivo que ha llegado a lo más alto del escalafón empresarial de su provincia a golpe de estrategia, falta de escrúpulos y mano izquierda. Parapetado en su Seat Ritmo, símbolo y refugio de una vida más digna, Vicente recorre el paisaje de una Andalucía sureña y extrema esquivando la tristeza que supone mirar atrás y reconocerse en un pasado mejor.

Construida como una sucesión de particulares sainetes, que el autor denomina «estampas», la novela de Tornay logra recrear con mirada clínica y certera los distintos ambientes en los que transcurre, ya sean urbanizaciones insípidas de piscina y alarma nocturna o el carnaval gaditano (uno de los mejores momentos de la novela, una de las mejores recreaciones que recordamos de esta fiesta).

Cualquier tarde de nuestras vidas puede convertirse en el mejor relato de lo que somos, por borroso y cruel que éste parezca. Es lo que le ocurre a Vicente Carrillo Fowler y, en parte, a cada uno de nosotros al leer *Los dueños del ritmo*.

La colección **BlowUp Novelas Cortas** apuesta por este género breve (pero de largas resonancias), delicioso y codiciado por los lectores más exigentes. Entre el cuento y la novela hay un terreno inmenso y propicio a las grandes sorpresas. En él queremos estar.



www.lafabricaeditorial.com

José Eduardo Tornay

Nacido en Algeciras, en 1968, ciudad en la que reside. Pudo ir a la universidad gracias a becas estatales. Aprovechó ese periodo para leer miles de libros y asistir a numerosos seminarios y conferencias sobre literatura, arte y pensamiento.

A los 17 años empezó a publicar colaboraciones en medios locales y, desde entonces, sus relatos, artículos y entrevistas han aparecido en periódicos, programas de radio, revistas culturales y libros colectivos.

Reunió algunos de sus primeros textos en el pequeño volumen **A la sombra de los bloques** (FMC). De su segundo libro, la colección de relatos **Los observatorios** (e.d.a. libros) se ha escrito: «la gran maestría del autor en la creación de imágenes, a ve-

ces cercanas a lo poético, siempre originales y exactas, su gran capacidad para la comicidad, pero también la carga sutil de pensamiento filosófico y de crítica social, siempre al hilo de los argumentos» (Rosa Romojaro, *ABC*).

Su novela corta **Los dueños del ritmo** fue publicada por la editorial madrileña La Fábrica.

«Tornay exhibe un control prodigioso de los recursos expresivos, una suficiencia apabullante para imponer su originalidad contestataria, una intuición de lince al elegir el punto de vista, un sentido modernísimo de la mordacidad aplicada al análisis social, una suprema voluntad poética cuando se decide a explicarnos el mundo en un puñado de imágenes; y, dominando la escena, una primorosa pericia a la hora de transformar en palabras la inteligencia desbordante» (José Villalba. *Europa Sur*).

Vicente Carrillo Fowler llegaba a su casa, casi invariablemente, a las cinco y cuarto de la tarde, después de haber recorrido los quince kilómetros y haberse detenido en los tres semáforos que separaban la urbanización con control de entrada y club deportivo en la que residía de la fábrica de virutas de corcho donde ejercía como Subdirector Jurídico. A medida que se iba aproximando una sensación de angustia, de vacío inquieto, le asediaba el pensamiento, mientras los músculos y las articulaciones recibían el mensaje de desconexión que transformaba su tensión profesional en un estado de armonía transitoria. Le gustaba avanzar por la nueva ronda exterior, alejándose de la costa hasta la falda de los montes. Veía los radares militares que habían instalado en sus cimas, las baterías de misiles antiaéreos apenas camuflados tras pantallas de cartón piedra. Y,

en lugar de contemplarlos como una amenaza, percibía la seguridad que proporcionaba su amparo — como la carpa electrificada de un circo bajo la que tuvieran lugar números de variedades y acrobacias—. Luego, la carretera se precipitaba de nuevo hacia la ciudad, que presidía una bahía en la que las factorías energéticas, petroquímicas, acereras, habían bloqueado el implacable avance de las torres de apartamentos y las discotecas con carteles centelleantes que asolaban el resto del litoral. A esa hora, su chalet solía estar deshabitado. Tras una larga batalla con despidos disciplinarios, clausulados contractuales, reclamaciones por entregas defectuosas y trámites de exportación sentía el vacío en la boca del estómago. Después de haber desactivado la alarma desanudaba su corbata a pintas, revoleaba los zapatos en el vestidor y recorría inútilmente la planta de los dormitorios a la busca de alguien a quien saludar.

Era el momento en que el club bullía de señoras jóvenes y maduritas tomando zumos en la cafetería, charlando de futilidades con sus entrenadores de paddle o con los masajistas que las acababan de atender. Por las aceras, a la misma altura que la calzada, corrían las muchachas como gacelas por un prado y sus hermanos menores, con pantalones holgados que permitían ver las cinturas fofas y las rodillas peludas, porteaban con dificultad instrumentos

musicales para reunirse en el garaje de algún amigo, donde ensayarían canciones descerebradas hasta que los padres del anfitrión no pudieran soportar más el estruendo. La familia de Vicente Carrillo Fowler no era una excepción: Begoña, su esposa, ejercía como profesora de alfarería en la escuela de Oficios Artísticos. Desde hacía unos años venía eligiendo el turno de tarde, para levantarse a la hora que quería y poder eludir las soporíferas cenas familiares. Solía utilizar notitas adhesivas para comunicarse con su marido:

*El sábado vamos a la comida de Los Veinte:
no olvides el regalo para Sofía y Berto.*

*Seguros: ¿no vencen este mes
los de tus hijos?*

Blas, el primogénito, trabajaba como responsable de grandes cuentas en una entidad bancaria de la localidad, tras haberse licenciado en Dirección de Empresas y haber permanecido un par de años en Estados Unidos. Algunas tardes las agotaba en su despacho del banco, a puerta cerrada, y las que no lo hacía aprovechaba para ir con su novio a Tarifa, para practicar lo último en deportes: el kite surf. (Su novio, un morenazo musculoso y callado, al que inten-

taban tratar en casa como uno más de la familia, pero que estaba oponiendo dificultades a su integración). Mónica, la niña de la casa, estudiaba Medicina en la capital de la provincia. Vicente le había regalado, cuando comenzó la carrera, un coche alemán con suficiente potencia y estabilidad para afrontar con calma los doscientos kilómetros de autovía que recorría a diario, si es que asistía a las clases. Solía citarse con su grupo de amigos por la tarde, y no volvía a casa hasta bien entrada la noche. Sus aficiones eran todo un misterio para los demás miembros de la familia. Si tomaba drogas o no, si mantenía relaciones con decenas de muchachos a la vez o no lo había probado, si era miembro de una secta que la amenazaba de muerte, eran posibilidades que sus padres podrían haber contemplado tanto como cualquiera otras, puesto que la adolescencia le dejó esa manera de comportarse, tan silenciosa y distante. (Vicente conocía bien esa actitud: significaba un desacuerdo íntimo y radical con lo que nos rodea, la decisión de emprender una vida distinta a la que el destino parece habernos atribuido). Por último estaba Francisco, o Curro, como quería que lo llamasen desde hacía un par de meses, y lo conocían en el equipo de baloncesto. Un niño de catorce años, sudoroso, malhablado, derrochador de dinero, forfofo de las ropas de marca, de la música reggae y del cine

americano menos intelectual. Así lo recordaba Vicente, puesto que entre clases, academia de idiomas, entrenamientos con el equipo y salidas nocturnas, era quien menos tiempo pasaba en su compañía. A veces se preguntaba si el niño no captaría que su engendramiento fue consecuencia de un error. Que vino a un mundo donde nadie lo esperaba ya. Ni sus padres, ni unos hermanos que habían agotado el cupo de atenciones y mimos que aquel hogar parecía tener asignado.

Vicente, descalzo, con la camisa remangada y por fuera de los pantalones, abrió la puerta del frigorífico y sacó un botellín de cerveza holandesa. Se sentó en un sillón reclinable, que empezó a enviar pequeños impulsos eléctricos bajo sus pantorrillas. Frente a él, una enorme fotografía en tonos grises mostraba a los cinco, sonrientes, en el patio central de la mezquita de Córdoba. Mucho más pelo, mucha menos porcelana en las dentaduras. Vertió el tercio de litro en una jarra. Se quedó un momento esperando que bajase la espuma, densa, blanca, amistosa. El teléfono sonó. Vio en la pantallita el número del móvil de Begoña.

—Vale, cuando llegues seguramente estaré ya dormido. Saca la basura si la dejan éstos en el garaje, haz el favor.

Se tumbó en uno de los sofás del salón principal. Puso en marcha el aire acondicionado. Programó la temperatura a la misma cifra (23 grados centígrados) que marcaba el termómetro. Su hipótesis era que la presencia humana en una habitación y el efecto de los electrodomésticos encendidos aumentan progresivamente, un par de grados, el calor en cualquier estancia. Se sirvió un plato de patatas fritas y triángulos de queso, acompañado de otra cerveza, esta vez negra e irlandesa. Encendió el televisor. Al principio, la pantalla plana incrustada en lo que había sido el hueco de una chimenea, proyectaba una imagen de visión inquietante, indefinida, que gradualmente iba delimitando las líneas, calmando al espectador. Estuvo cambiando de canal durante un rato, con pulsaciones aleatorias, hasta que decidió dejar una emisora local en la que un viejo conocido de la infancia hacía de entrevistador impertinente con alguien cuya cara le sonaba, probablemente porque desayunaba en la misma cafetería y a la misma hora que él. Pero no todos los días, claro. En ese caso no hubiera tenido dudas. “Es un problema que no podemos permitir que se enquisté. Un problema menor, claro, siempre que no se ulcere”, estaba diciendo con gestos que animaban al interlocutor a otorgarle la razón. Recordó que meses antes Javier Bello, el presentador, había contactado con él para

que participara en su programa como miembro de la clase ejecutiva de las grandes empresas locales. Vicente se negó, pero para dulcificar el desplante tuvo que invitar a comer al viejo conocido (con cargo a la cuenta de representación de la empresa). La posición de la industria en la pequeña sociedad local hacía innecesarios los esfuerzos por acercarse al gran público. Puesto que, directa o indirectamente, la economía de todos los habitantes de la zona dependía de los buenos resultados que cosechasen, nada tenían que temer de su opinión.

Intentando averiguar quién demonios era el personaje entrevistado, Vicente Carrillo Fowler entró, como una lombriz que atraviesa un bol de natillas, sin resistencia, en un sueño que comenzó como una broma, una especie de rueda de presos a la carta con los rostros de los habituales de la cafetería *Manixa*, y acabó convertido en una fosa bastante profunda y caramelizada, con argumento y personajes principales y secundarios. En él, aparecía Vicente, con la edad actual pero saliendo del edificio que ocupaba la compañía de seguros donde ejercía como abogado, hacía más de veinte años. Entonces trabajaba en el centro antiguo de la ciudad —en realidad, un laberinto de calles que separaban edificios a punto de desplomarse—, y recorría a pie el kilómetro que separaba el despacho que compartía con otros jóvenes

letrados de la casa, alquilada, minúscula y con tabiques de papel, en la que vivía con la opositora Begoña y Blas en pañales. Se veía salir del edificio y, como le solía ocurrir en aquella época, cansado por el trabajo y las pocas horas de sueño, se acababa perdiendo por las callejuelas —todas estrechas y similares— de esa zona de la ciudad. Entraba en un bar para preguntar dónde se encontraban y entonces desde un reservado en alto lo llamaba Begoña, que compartía mesa con Mario Alberto Kempes, el delantero de la selección nacional argentina. Kempes se mostraba tremendamente amable —era todo imposible, por supuesto, en aquella época el jugador debía estar concentrado con su equipo, preparando el mundial de su país: se decía Vicente con esa perspectiva oblicua e irónica que desarrollan los soñadores respecto a sus visiones—. Quería invitarle a él a tomar unos combinados, como lo había hecho con su mujer, pero estaba claro que su intención era seducirla con artes de galán trasnochado en las mismas narices del marido, si no se la había ligado ya y estaba disfrutando de ese modo retroactivo de su conquista.

Vicente decidía marcharse, a ver si encontraba la salida de aquel laberinto de calles. Al bajar la escalera, comprobaba que, del techo enormemente distante de la cafetería —y la distancia crecía a medida que

intentaba calibrarla, telescópicamente—, colgaba una especie de nave espacial en la que se sumergían los asistentes tras adquirir los pases en una cabina de colores fluorescentes. Le recordaba la bola de cristal que vio colgada del techo de la discoteca *Titánic*, en Madrid, una vez que salió de parranda durante una convención de ejecutivos. Cuando el magma de la pista sobrepasaba determinada temperatura —pues la presencia humana multiplica los grados— la bola descendía, deslizándose en espiral por una barra salomónica y transformándose en un espectro galáctico con cientos de caños, de los que manaba un microclima hidráulico que refrescaba al personal.

—Vaya, atracciones de feria dentro de los establecimientos —se decía—. Pues sí que está adelantada la ciudad. Y eso que debe ser no mucho más de.. (calculaba la edad de Blas).. 1978.

Antes de salir de la cafetería, Mina, la niña de sus vecinos guatemaltecos, corrió a su encuentro para regalarle un lápiz de cera amarilla, del tamaño de una raqueta de tenis. Se trataba, pudo recordar, del mismo color y longitud que una toalla de playa, simulando un perro salchicha, que Vicente le había visto a la niña la tarde anterior. Aun así, aceptó el regalo, fingiendo creer que efectivamente era una barra para dibujar, y que no había detectado los ojos del perro salchicha (que los entornaba también, para

disimular). En cuanto la niña volvió con su madre, que la esperaba haciendo cola para subir a la atracción, el lápiz recobró la laxitud de una toalla perro salchicha. Vicente Carrillo Fowler la colgó de su hombro. Matador Kempes, asomado a la barandilla de la planta superior, se despidió con una sonrisa falsa, no sin reiterarle que sería un honor invitarles, a él y a su esposa, a cenar un espeto de sardinas en su casa de la playa del Saler, en Valencia.

Otra vez en la calle, Vicente comenzó a angustiarse al comprobar que no era capaz de encontrar el camino por el que dirigirse a su casa y que la tarde se estaba haciendo más rojiza, se acercaba el atardecer. Vio, bastante cerca, un edificio de gran altura que, indudablemente, no estaba ahí las anteriores veces que había pasado por esas calles, si es que lo había hecho antes alguna vez. Debía tener veinte pisos. Por tanto, pensó, incumplía la normativa que regulaba las alturas y los volúmenes del casco antiguo, ya nos encontráramos en 1978 o en el año actual. De cualquier modo, decidió ascender a lo más alto para, desde allí, determinar con exactitud su situación actual y el camino que le llevaría a su casa. (Pero, ¿cuál casa?, se preguntó, ¿la de entonces o la actual? Daba igual, él mismo se respondía, en cualquier caso lo importante era ubicarse entre un par de coordenadas, como fase previa).

Al entrar en el portal del edificio, de un mármol verde elegante y vetado, vio que otras personas esperaban antes que él la llegada del ascensor.

—¿A qué piso van ustedes y quién da la vez? —preguntó, aún antes de que hubieran subido.

—No se preocupe, en el ascensor cabemos todos, es enooooorme. —contestó una profesora, voluntaria de la Sección Femenina, que le impartió clases en primaria, pero que no lo había reconocido, puesto que en el sueño él la superaba en edad—. Todos vamos al piso veintitrés, que es donde está el mirador. ¿Usted no?

—Yo también. Por supuesto —contestó, ajustándose el nudo de la corbata.

En cuanto montaron en el ascensor una percepción tremendamente extraña lo desconcertó. Como le habían dicho, la cabina era enorme y con forma de cubo, pero sus paredes no eran opacas, sino una maraña de tubos de algo que parecía aluminio pulimentado. El cubo, nada más cerrarse las puertas, hizo un inesperado movimiento, desplazándose en lateral, y saliendo del edificio se incrustó en una esfera transparente que comenzó a elevarse con la mayor de las lentitudes. La jaula de aluminio, con todo el pasaje de viejos conocidos, compañeros de trabajo y exámenes esporádicas, comenzó a rotar, de izquierda a derecha, y de abajo arriba, dentro de la esfera que lo

albergaba. Eso les obligó a encaramarse a los barrotes, para no perder el equilibrio. Algunos se quedaban agarrados en un mismo sitio, permitiendo que la fuerza de gravedad jugase con sus cuerpos, sin quejarse. Vicente, como la mayoría, intentaba moverse por la celda que compartían sin pisar a los pasajeros anclados, evitando la trampa de los rincones. Y con mayor dificultad, puesto que tenía, además, que conservar el lápiz—perro salchicha amarillo, que ni siquiera hacía ningún esfuerzo por agarrarse a él cuando estaba a punto de perderlo, para seguir simulando la condición de lápiz de color.

Tras varias vueltas en todos los sentidos, la jaula volvió a hacer un movimiento de desplazamiento, esta vez hacia arriba, y se abrió la puerta. Estaban en el centro de una amplia terraza. Había bastante gente, pero no tanta como para no poderse mover por allí con facilidad. Además, se dijo, todos eran conocidos, hasta el que regentaba el puesto de churros era uno de los conserjes de la fábrica, siempre buscándose faenillas extra para financiar sus vicios. Se asomó y vio cómo había crecido la ciudad en esos años —¿pero no era 1978?—. Por el este, bordeaba la bahía hasta Gibraltar, que no era sino un barrio más de la metrópoli, y por el oeste y el sur, se perdían las edificaciones en las montañas, en las que años antes —o después— había estado el Parque Na-

tural. Miró hacia abajo y comprobó que apenas se había movido de la calle de la aseguradora. Sucedió que, como casi todo era de nueva construcción, no había reconocido los lugares por los que pasaba. No le costaría trabajo encontrar el camino, se tranquilizó.

Alrededor del mirador había muchos bloques que también debían tener, al menos, quince pisos. Lo llamativo era que en la mayoría de sus tejados figuraban atracciones feriales, rutilantes y ultratecnificadas. La mayoría eran de vértigo, caídas en picado y volteretas, como el propio ascensor del edificio, pero también se podían ver coches de choque de desafiantes diseños y tómbolas en torno a las que se arremolinaban los sempiternos ludópatas, presentes hasta en las azoteas de los edificios.

—Es impresionante cómo han proliferado las atracciones. ¿Cuántas puede haber?, ¿veinticinco, treinta? —preguntó Vicente Carrillo Fowler a su secretaria, vestida con el traje de chaqueta rojo y los taconazos que traía la primera vez que entró en su despacho, el día de la entrevista de trabajo.

—Hay más de cien, don Vicente —le contestó—. Desde que hicieron la Exposición Universal nos ha quedado esta afición por las cosas espectaculares. A la ciudad no hay ya quien la reconozca. Figúrese,

hacía años que no me ponía este vestido, y eso que sé muy bien que a usted le encanta.

—Deje de hacer esas insinuaciones tan vulgares, Carlota. Diga a todos que me marcho ya. Si alguien tiene algo urgente que comunicarme, que me mande un mensaje electrónico. Yo los consultaré cuando llegue a casa.

—Pero, don Vicente, ¿a qué casa va a ir usted? Si va a la antigua le advierto que todavía no se habrán inventado los ordenadores personales, ni internet.

—Vamos a ver, Carlota, a la casa que sea. La verdad es que ni voy a ver los mensajes ni a mí me importan las atracciones de las azoteas. Yo he subido aquí para buscar el camino a mi casa. Mire, en aquella ventanita, en el bloque de tres plantas, vivía yo antes. Puede ver que está Begoña preparándome la merienda (yo siempre meriando, me dan igual las costumbres de los demás) mientras Mario Alberto Kempes, el de melena y mentón pronunciado, distrae a Blas en el parque, con una toalla que es un lápiz, que es un perro salchicha amarillo. Bien, en eso estamos de acuerdo, ¿no?

—Uy, usted ha dormido hoy poco, creo que se le han subido a la cabeza las dos cervezas que se ha bebido.

—Bueno, pues a eso iba. Si mira usted para ese otro lado, en el montecito que hay encima justo de

la playa, detrás de donde antiguamente se ubicaban los astilleros, tiene usted mi casa actual. Por la ventana verá un sofá de color grana y un hombre tendido, más o menos de mi edad, pero sin corbata ni zapatos, ¿lo ve? Bueno, pues ése soy yo. Que me he puesto a ver la tele, una entrevista que nunca concedí, y me he quedado dormido. Pero ahora mismo me voy a levantar.

Dicho y hecho, Vicente Carrillo Fowler abrió los ojos y enfrente había un televisor de gran tamaño, en cuya pantalla un entrevistador impertinente despedía a su invitado, recalcando que era el presidente del pequeño comercio comarcal. Entonces Vicente recordó: se trataba del dueño de la tienda de productos de caza y pesca, la armería donde el año pasado le vendieron unos cartuchos inutilizados por la humedad. Estuvo a punto de cumplimentar una hoja de reclamaciones, pero el entrevistado salió de la trastienda; al oír sus bocinazos de queja y, llamándolo por sus apellidos, le pidió disculpas e hizo que el dependiente le devolviese inmediatamente el importe de la compra.

—Además —dijo—, como señal de nuestra intención de fidelizarle como cliente, espero que acepte una caja de cartuchos nuevos de regalo. Estaremos muy agradecidos si vuelve usted a visitarnos a pesar

de este pequeño inconveniente, señor Carrillo Fowler.

Se levantó un poco aturdido por ese sueño corto y vertiginoso. “Atracciones en las azoteas y Kempes con mi familia, no veas”, pensó. Subió de nuevo al dormitorio y se cambió de ropa. Se puso unos pantalones de loneta color crema, un polo caqui de mangas largas, unas alpargatas de esparto, moradas. Bajó a la cocina. Extrajo la bolsa del cubo de la basura. Descendió por la rampa que comunicaba la despensa —una habitación más— con el garaje. Junto a la mesa de pimpón desplegada había una lata vacía de potenciador de gas—oil, que introdujo en la bolsa antes de anudar las asas. Subió por la pendiente de salida para depositar la basura en el contenedor exterior. Fuera, junto a los setos, estaba su coche: una berlina de representación que la empresa ponía a su servicio y sustituía por otra nueva cada dos años. Lo dejaba fuera del garaje, para facilitar la entrada de los demás miembros del hogar. Él salía el primero, por la mañana, y prefería no tener que maniobrar. Prendido por el limpiaparabrisas, había un folio doblado con un mensaje:

WINDSHIELD WASH

LAVADO DE LUNA

Dear Car Owner / Estimado motorista

Your windshield has been washed by/su luna ha

sido limpiada por

Fredy y Natha

Here at our church (meeting in the Sport Club
every Sunday)/

aquí de nuestra iglesia (que se reúne en el Club
Deportivo cada domingo).

In our class we have been studying how being a
servant can impact the lives of others. We hope this
makes your day a little brighter!

En nuestra clase hemos estudiado acerca de cómo
el ser un siervo puede impactar la vida de otros. Es-
peramos haber contribuido a iluminar su día!

Thanks for living us an opportunity to serve
Jesús by serving you!

Gracias por darnos la oportunidad de servir a Je-
sucristo al servirle a usted!

Después de haber leído la nota en ambos idiomas,
Vicente desanudó la bolsa, introdujo el papel y la
amarró de nuevo. De vuelta a casa cerró la cancela

para que no volvieran a adentrarse un solo metro en su propiedad. No era la primera vez que ocurría. El control de seguridad impedía el paso a la urbanización de personas desconocidas. Pero en los últimos años todo tipo de asociaciones, movimientos e iglesias habían logrado introducirse utilizando a los vecinos más ociosos y, desde el club, los cuatro colegios privados o los establecimientos comerciales y de restauración, iban ganando territorio, intentaban captar adeptos entre los privilegiados vecinos de esta zona de la ciudad.

Nada nuevo, por lo demás. Él mantenía la teoría de que, en sociedades dinámicas y en continuo crecimiento como las que la nuestra había llegado a ser estas asociaciones cumplen el fin de canalizar las ambiciones de las personas más emprendedoras. En sus tiempos de juventud, aquí se veían como algo misterioso y dañino. Hubo incluso la moda literaria de hablar de ellas como sectas anuladoras de la personalidad. Pero la impresión de Vicente era la contraria: eran sus miembros los que las utilizaban temporalmente, para relacionarse entre sí e iniciar suculentos negocios.

De hecho, se tumbó en un balancín, situado en el césped que rodeaba la piscina (cuyo olor penetró profundamente en sus pulmones, pues cada tarde en primavera y verano pasaban a las cinco para añadir

al agua el líquido desinfectante), y recordó durante un rato su misma pertenencia a diversos colectivos en los tiempos en que todavía no había conseguido situarse.

Terminados los estudios universitarios (gracias a becas estatales y ayudas de la congregación religiosa que regentaba el colegio local del que había sido un alumno más que destacado), se empleó como pasante en el despacho de un procurador. Apenas cobraba lo necesario para comprarse la ropa adecuada que llevaba a los juzgados y los gabinetes de los abogados. Entonces esa era la única forma de introducirse en el negocio de los pleitos y las representaciones legales. En los ratos libres, aprovechaba para relacionarse con todos los del mundillo, que en aquella época estaban poniendo en marcha una peña taurina en honor de la joven figura local: Manuel Correa, *Manolín*. Allí se encaramó. Se hizo uno de los incondicionales más apasionados y conversadores. Tanto que pronto ocupó el puesto de secretario en la peña cultural y comenzó a organizar actos que valieron para que su nombre sonase en los círculos de poder de la ciudad. Gracias a eso, un día, uno de los socios le ofreció incorporarse a la agencia de seguros que tenía proyectado inaugurar. En ella ocupó diferentes puestos (o puestos con funciones indiferenciadas) hasta que la buena marcha del negocio per-

mitió la creación de un cargo de asesor jurídico, que ostentó durante años.

Aunque el salario no era para tirar cohetes, se pudo casar con Begoña, su novia de toda la vida, y alquilar un piso modesto pero no mal situado, desde el que acudía andando tanto a la sede de la empresa como a los juzgados de primera instancia. Ella había estudiado Bellas Artes, también, en la capital y proponía la concentración necesaria para abordar las oposiciones a profesora, que años después superaría. El nacimiento de Blas multiplicó las necesidades económicas. Se vieron obligados a buscar una segunda fuente de ingresos que aliviase sus dificultades. Una vecina les invitó una tarde a asistir a una reunión en su casa, donde se haría una demostración de productos de alta calidad no comercializados a través de los canales habituales. En realidad se trataba del típico sistema piramidal, fuertemente implantado en otros países, pero todavía desconocido por aquí. Los productos se vendían domiciliariamente, organizando para ello reuniones que pretendían tener la cualidad de actos sociales entre el vecindario. Se exhibían ollas, recipientes herméticos, limpiadores domésticos, abrillantadores de carrocerías, hornos de autococción, etc... Los precios eran elevados, pero los productos tenían la pátina de la originalidad provisional. Además, la clave no residía en la com-

pra—venta, sino en la captación de miembros para la pirámide. El margen de beneficio se distribuía entre quienes hacían el negocio efectivo (auténticos pardiillos que acababan aburriéndose, en la mayoría de los casos, después de un tiempo de ganancias mediocres) y la cadena de miembros que se habían integrado paulatinamente. La estrategia no consistía tanto en vender, como en hacer que quienes les sucedieran en la incorporación continuasen aumentando la longitud de la cadena. Por supuesto, para entrar en la pirámide había que hacer una importante compra a título particular y había que adquirir en firme un lote de productos para su posterior reventa. No se podía incorporar a nuevos revendedores hasta que no se alcanzase un cupo de distribución, ni se obtenían beneficios hasta que la escalera promovida llegaba al tercer escalón. Así las cosas, la perspectiva de negocio residía en relacionarse rutilantemente con un grupo de personas ansiosas por consumir, cumplir el cupo y después establecer una red de colaboradores animosos y con ambición económica que multiplicase los escalones.

Vicente lo consiguió. En menos de dos años estaba ya obteniendo auténticos beneficios de una actividad por la que, si la hubiera explicado en la cantina de la facultad, nadie hubiera dado un duro. Para ello, le bastó con utilizar el prestigio que al parecer daba

a la entidad contar entre sus miembros con jóvenes profesionales liberales. “En *Star-logistic* tenemos ya varios policías armadas”, decían, “dos médicos, un arquitecto y acabamos de fichar al abogado de una aseguradora”. Efectivamente, mucha gente desconfiaba del sistema, pero ese temor a realizar la primera compra se diluía si quien la promovía era un abogado serio y cordial, el mismo que les atendía cuando había un conflicto grave tras un accidente de moto o presidía las tertulias en la peña taurina local. Convenció a socios, clientes y subordinados de que la distribución por los canales tradicionales estaba llegando a su fin, que en el futuro los márgenes de beneficio pasarían de los grandes intermediarios a los propios consumidores y que quienes antes se incorporasen al nuevo sistema mayores ganancias obtendrían. Pronto llegó al séptimo escalón de su propia pirámide, por lo que fue proclamado “Águila maestra” en un acto multitudinario, y el beneficio completo de la inversión inicial de todas sus presas pasó a engrosar su cuenta. Cuando alguno, meses después —tras haber organizado decenas de reuniones infructuosas en la sala de estar de su casa, engalanada para la ocasión—, venía a quejarse de que no veía color al negocio, Vicente le contestaba, fríamente, con el mismo discurso: “¿Todavía no te has dado cuenta de que aquí el negocio no está en vender?”

Hay que seleccionar, ésa es la clave. Mírame a mí, ¿tú crees que yo me dedico a convencer a la gente de lo buenos que son los productos? Tienes que elegir bien a los asistentes. No interesa el que más compre, sino el que tenga un círculo social más amplio. Una vez dentro, aumentarán tus escalones y comenzarán nuestros beneficios. Ánimo, concéntrate en la selección”.

Durante años, sus ingresos fueron aumentando, Begoña administró sus ahorros y Vicente consiguió irse desligando de la organización, *Star-logistic*, de modo que si alguien le preguntaba él sólo admitía haber entrado por curiosidad y haber ayudado a incorporarse a algunos amigos, pero sin darle la menor importancia. Cuando la nueva legislación tributaria, que gravaba la transacción y no el mero consumo, hizo imposible el comercio piramidal, Vicente Carrillo Fowler era ya un profesional con una economía floreciente y nuevas aspiraciones sociales.

Con el nacimiento de Mónica sus necesidades materiales aumentaron. Contaban ya con unos ahorros que les hubieran permitido adquirir una vivienda en propiedad, pero decidieron ser más ambiciosos y abrir un despacho de abogado propio, en el que Vicente atendía a los clientes a última hora de la tarde o a media mañana, en un intermedio de su actividad en la agencia de seguros. Pronto, los casos de

contrabandistas apresados y las herencias enmarañadas le dejaron rédito suficiente para sufragar los gastos del despacho y un colegio privado, en el que decidieron inscribir a Blas. Una congregación católica de estrictos códigos morales, Camino de Perfección, acababa de implantar un centro pedagógico en la ciudad, y estaba provocando una fractura en la microsociedad de la zona: se mandaba a los hijos a su colegio o no se hacía. Y el hecho de que no se hiciera significaba que los padres se negaban a que sus hijos fueran más perfectos que ellos, más ambiciosos e intransigentes con las debilidades humanas. Significaba también que los padres preferían gastar su dinero en otros productos triviales antes que en la formación integral de sus hijos y, sobre todo, que en su interior había un obstáculo que impedía la construcción de una sociedad avanzada y liderada por los mejores, no impura y teñida por la provisionalidad, como la vigente.

Vicente y Begoña lo vieron claro. Era el momento de dar un giro a sus expectativas. Comenzaron a cuidar su imagen externa incluso en los momentos más cotidianos: al bajar a la calle para comprar un paquete de tabaco o al salir a los montes cercanos, los domingos, a pasear. Llevaban a Blas personalmente, cada día uno de ellos, al colegio y se quedaban un rato conversando con otros padres o con los

tutores, siempre deseosos de impartir doctrina. Puesto que los hijos eran considerados un bien y su educación un fin, el tema que centraba la conversación era el crecimiento de su hija menor, Mónica, a la que llevarían también algún día al colegio femenino de la Congregación, y las enormes ganas de tener más hijos, cuantos más mejor, todos los que Él tuviese a bien enviarles. Asistían a las reuniones de padres, donde se proponían actividades extraescolares, que involucraban a los críos en su tiempo libre y, sobre todo, a los padres más participativos, integrantes de una especie de club social con aspiraciones de tribunal de las buenas maneras locales. Periódicamente, se organizaban excursiones a centros de adoctrinamiento “pedagógico”, en algunos pueblos perdidos del interior, donde expertos en las materias impartían conferencias de alto nivel (medicina familiar, economía doméstica, pedagogía, psicología familiar, teología,..) y miembros activos de la organización proponían a los padres su implicación más incondicional en la misma, con la correspondiente aportación de un diezmo de sus ingresos y la imbricación de los nuevos valores en lo más recóndito de su intimidad.

Pronto Vicente comprobó que la participación en tales actividades redundaba directamente en el volumen de negocio de su despacho de abogado y en

los ingresos que de él obtenía. Relacionarse con otros padres preocupados por la educación elitista de sus hijos suponía inmediatamente captar una red de clientes con asuntos jurídicos por resolver de alto contenido económico. Pero, ¿qué asuntos eran estos? ¿Problemas de lindes entre fincas?, ¿denuncias a publicaciones por haber ofendido públicamente el honor de algún miembro? Nada de eso. La mayoría de los casos tenían que ver con la detección por parte de la Inspección Tributaria, increíblemente activa en aquellos años, de bolsas de fraude en las empresas familiares, con lo cual se abrían dos frentes en los que Vicente pronto se hizo un experto enmarañador: litigar contra la Inspección, buscando cualquier triquiñuela procedimental que impidiera la sanción, y disfrazar las actividades fraudulentas entre un bosque de sociedades limitadas y participaciones indirectas cuyo desenlace sólo él conocía. Por otra parte, todas esas empresas, incumpliendo los códigos éticos que la asociación a la que pertenecían sus propietarios predicaba, se dedicaban con ahínco a cometer estafas, engaños y falsedades entre sí, por lo que también era habitual que Vicente acabase interviniendo en calidad de perito de buena fe en esos casos, para buscar una solución al conflicto lejos de la publicidad y la dilatación temporal que caracterizaba a los tribunales públicos. Alguna vez, también,

llegaron a su despacho denuncias por palizas que propinaba el cabeza de familia a su costilla, o convenios de separación matrimonial, incluso anteriores a la promulgación de la ley del divorcio. Pues en todos los sitios cuecen habas y Vicente Carrillo Fowler no era un moralista sino un profesional que, como un ave voladora de grandes distancias, aprovechaba las corrientes para remontar el vuelo con mayor facilidad.

Paralelamente, mientras Vicente se involucraba más cada vez en los asuntos profesionales de los miembros de aquel grupúsculo elitista, Begoña se fue alejando de las para—actividades paternas. A las mujeres se les atribuía en aquél contexto un papel predominantemente reproductivo, que ella no estaba dispuesta a asumir. Después del nacimiento de Mónica decidió utilizar píldoras anticonceptivas y tomarse en serio su propia carrera profesional. Impartió algunos talleres de alfarería, modelado y escultura a las madres de otros niños, pero las clases siempre se veían entorpecidas por su tendencia a conversar sobre los problemas derivados de la educación responsable (el tratamiento del sexo en las conversaciones hogareñas, la televisión agresiva,..) y a intentar fabricar objetos no artísticos sino decorativos, exhibibles en sus templetes familiares. Desde que contactó con grupos de artistas locales y asocia-

ciones de corte progresista, donde impartía cursos que eran verdaderamente valorados, comenzó su cambio estético y personal y a prepararse en serio las oposiciones que tanto tiempo llevaba posponiendo. Pronto consiguió superar uno de los exámenes del proceso selectivo, lo que le permitió empezar a trabajar como profesora interina para la educación pública.

Esa opción de Begoña no fue aceptada por el grupo dominante de padres de alumnos, ni por los profesores de Mónica y Blas. Por una parte, la educación pública, mixta y secular, era la antítesis de los valores que ellos preconizaban, y el caldo de cultivo de una sociedad depravada y libertina que, más que rodearlos, los asediaba. Por otra, el régimen de interinidad exigía de Begoña continuos desplazamientos y cambios temporales de residencia por los municipios de la comunidad autónoma, lo que acabaría redundando en una menor atención a sus propios hijos, auténtico fin de una madre comprometida. De este modo, los comentarios, las llamadas de atención y el ejercicio de una auténtica presión colectiva sobre los niños, tan pequeños todavía, intentaron hacer que modificara su conducta y volviese al nido del que nunca debió haber salido.

Todo lo contrario. Las nuevas amistades que Begoña había frecuentado incluían a algunos miembros

de la pequeña élite intelectual, con implicaciones en la política, las asociaciones progresistas, las empresas, las corporaciones profesionales y los medios de comunicación. En forma de cooperativa, algunos de ellos habían puesto en marcha un colegio, laico y avanzado, con el ideario de una institución pública y los servicios del mejor liceo privado. Begoña y Vicente trasladaron a sus hijos a ese nuevo colegio y, rápidamente, puesto que eran jóvenes, discretos y de conversación enriquecedora, fueron aceptados en aquel ambiente, del que pronto comenzaron a sacar tajada. Begoña fue llamada al siguiente año para cubrir interinamente una plaza vacante en la escuela local de Oficios Artísticos, que nunca abandonaría. Vicente fue propuesto por parte de un colectivo de letrados muy activos para ocupar la presidencia del colegio de abogados provincial y, tras un largo proceso de negociaciones, finalmente ocupó la secretaría. Desde allí, a veces pudo cubrir temporalmente la plaza de juez de instrucción, por el cupo de juristas de reconocido prestigio, y finalmente fue promovido para impartir clases de práctica jurídica en el colegio universitario que las instituciones acababan de poner en marcha.

En tan sólo unos años habían pasado de ser unos padres jóvenes y con dificultades para llegar a fin de mes a tener varios trabajos bien remunerados, un

despacho de abogados influyente —y que no se había resentido del cambio de tendencia, pues las redes de empresas estaban fuertemente controladas desde allí— y unas muy buenas relaciones sociales que todavía rendirían más altos beneficios. Begoña aprobó definitivamente las oposiciones y decidió quedarse embarazada de nuevo, empalmar baja maternal y vacaciones, y luego hacer uso de un par de años de excedencia. Compraron un chalet adosado, con habitaciones para cada uno de los hijos y un amplio porche, donde incluso podrían aparcar el coche familiar que estaban pagando a plazos. Vicente sustituyó su trabajo en la aseguradora, cada vez menos productivo en términos relativos, por un asesoramiento externo de esa y otras empresas. Paralelamente, mantenía relaciones sexuales con un grupo de amigas cuyos teléfonos ordenaba en su agenda, camuflados bajo unas claves que sólo él conocía. Prácticas de sexo atlético y sin compromiso, que no perjudicaban su relación vertebral con Begoña y que mantenían su autoestima en un punto de elevada tensión. Tres horas a la semana, impartía clases a los universitarios locales, y ponía a prueba sus dotes dialécticas, planteando debates en los que se comentaba la norma como era y cómo debía haber sido.

Todo había seguido una progresión ascendente y en las relaciones sociales supieron encontrar los

apoyos que la mantenían. Su economía era no sólo holgada sino boyante —compraron un local más amplio para el despacho, y otro más, que rendía una renta de alquiler—; sus amistades, activas y convincentes, iban ocupando los puestos de poder e influencia, tenían tres hijos que crecían sin mayores problemas que los propios de su edad, y disfrutaban de una libertad de pareja que era la admiración de sus conocidos. Pero un día apareció Conrado Martínez en el instituto donde Begoña impartía clases.

Conrado no se conformó con ocupar el papel de amante esporádico y divertido que en aquel modelo se le podía haber atribuido. Quería más. Lo quería todo. Y a punto estuvo de conseguirlo. Había sido compañero de Begoña en la Facultad, pero ella lo recordaba como una persona tímida y extravagante, un artista sin talento para relacionarse que suplía esa imposibilidad con llamadas de atención hacia sus peinados singulares, a las ropas que él mismo diseñaba, a su forma estridente de hablar. Cuando llegó a la ciudad había cambiado radicalmente su aspecto y su aplomo. Se comportaba como un caballero cordial, culto y desubicado, tendía una pátina de desdén sobre todo lo referido a su obra pictórica y las exposiciones que años antes le reportaron un cierto prestigio en todo el país. Sus objetivos manifiestos eran llegar a convertirse en un buen profesor de dibujo,

capaz de dotar a sus alumnos de una técnica sin fisuras, y vivir las experiencias de la vida como un buen *gourmet*, saboreándolas y experimentándolas, pero sin llegar a mancharse con sus salsas.

Enseguida comenzó a relacionarse intensamente con Begoña. La acompañaba al cine, o la traía a casa en su motocicleta japonesa. Acudían juntos a las exposiciones que cajas de ahorros y patronatos inauguraban cada semana en las localidades del entorno, firmaban al alimón críticas de arte en revistas estridentes para turistas desorientados. Colaboraron con el montaje de unos actores aficionados locales, diseñando un decorado de tonos que cambiaban radicalmente según la orientación de los focos que lo iluminaran. Pasaban los días juntos y, muchas veces, los domingos Begoña invitaba a comer a Conrado con su familia. Sus hijos parecían sentir también un aprecio sincero por él, recibían con gusto las baratijas artesanales que solía traer como regalo para decorar sus habitaciones y reían con sus ocurrencias, siempre un poco subidas de tono, siempre zozobrando en el límite entre la ironía y la candidez. Cuando hacía calor Vicente llegaba a casa y los encontraba nadando en la piscina comunitaria, fermentando en sus cuerpos una dureza que los distanciaba todavía más del suyo, forjado en largas horas de sillón y acumulación de relaciones beneficiosas.

Pasaron los meses y la presencia de Conrado Martínez, como la turbia humareda de una derrota, se alojó entre las rutinas de aquella casa ahora menos desolada, menos provisional. Vicente asistió con impotencia a las cenas que se organizaron en su patio, la mesa de pimpón que regaló a sus hijos invadida por ensaladas exóticas y tartas tricolores. Afrontó las tareas domésticas sin un asomo de queja cuando los dos tortolitos en que se estaban convirtiendo Begoña y su acompañante decidieron emprender una gira por las capitales europeas para ponerse al día de las últimas tendencias en museos de vanguardia. De vez en cuando recibía notas manuscritas con el membrete de los hoteles en los que se hospedaban, firmadas, también, al alimón:

Hotel Sheraton Firenze

Es imposible que podáis imaginar cuánta belleza se acumula en una sola ciudad. Si pudiéramos enlataros la luz que ahora mismo se estrella contra el Ponte Vecchio lo haríamos, pero es imposible. Conformaros con recibir nuestros abrazos. Lo estamos pasando de miedo. Escribiremos desde la próxima posta: Pisa.

Conrado Begoña

Holliday Inn Hotels London

Londres, en cualquier época del año, es un carnaval y una apoteosis de color. Febrero, bruma sobre el río, pálidos rostros y amenaza de lluvia, pero en Oxford, en Carnaby Street, en Picadilly, en los museos de la ribera sur del Támesis —están habilitando antiguas fábricas— y en los alternativos del Barrio Chino, el color y la novedad proliferan como en ningún otro sitio. Si algo se mueve en el arte, seguro que en poco tiempo se manifiesta aquí. Nos faltan horas para verlo todo. Llamaremos.

Conrado y Begoña

No se inmutó. Evaluó en tardes de monotonía, perdidas entre las piernas de amantes voluntariosas, bellas e intercambiables, el proceso que le había llevado a aquella situación: cómo ella había ocupado progresivamente el papel de único pilar que sustentaba su existencia, y cómo aquella estructura nunca se había sometido a leyes ni exigencias. Habían logrado un equilibrio magmático, sin puntos de apoyo, y ahora el regurgitar de una simple brisa lo esta-

ba desmoronando. Paradójicamente, optó por no hacer nada. Si ella decidía abandonarlo, él consagró ese abandono. Si la situación se prolongaba, incluso hasta el extremo de perder el respeto de sus hijos y sus amigos, él cargaría con ese fardo mientras le quedaran fuerzas. Del mismo modo que no fue fruto del trabajo la fortuna de haberla tenido a su lado durante los años más difíciles, ahora la acompañaría cuanto ella lo permitiese, cualquiera que fuera el cometido que se le asignara.

Una tarde, cuando Vicente daba ya todo por perdido, Begoña apareció en casa antes de lo acostumbrado, con la mirada esquiva de quienes huyen o están a punto de huir. Ordenó los armarios de sus hijos y regó las plantas del patio trasero. Después, silenciosamente, se sentó en un sillón de relax, frente a Vicente, que archivaba facturas sin cobrar en una carpeta de fuelle.

—Conrado me propuso ayer que me marche a vivir con él.

Dejó la carpeta en el suelo, con las facturas esparciéndose. Era el momento que estaba esperando desde hacía meses.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Nos dejas? —Ella lo miró con cara de sorpresa. Una arteria vercosa se había hinchado y le recorría la frente.

— ¿Qué estás diciendo, Vicente? Lo he mandado a la porra. Por nada del mundo cambiaría yo esta vida. Tú y los niños sois lo más importante para mí. Necesito tener mis proyectos, pero como algo complementario a vosotros, que sois lo fundamental. — Ella acarició su antebrazo peludo, y entonces Vicente comprendió lo equivocado que había estado—. Le he pedido que deje de buscarme y de visitarnos durante un tiempo. Se ha comportado como un traidor, un estratega. Si era eso lo que estaba buscando, nunca me lo había dado a entender. Cada vez hay menos gente de la que una se pueda fiar.

— Pero tú te has estado acostando con él, ¿verdad?

— ¿A qué viene esa pregunta ahora, Vicente? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? ¿Te pregunto yo lo que haces con tus amigas de los juzgados cuando organizáis esas jornadas en los hoteles de la costa?

— Bueno, perdona, era por intentar encontrar una explicación para ese ansia que le ha entrado a Conrado de repente. Además, no tiene nada de extraordinario. Si no viviéramos ya juntos, yo mismo te pediría que te escaparas conmigo. Física y mentalmente estás en tu mejor momento, no lo dudes. — Esa era la manera que él tenía de hacerse querer. El

halago dosificado con cuentagotas era su arma infalible.

— Mira —sonrió ella—, quiero que te quede clara una cosa: por mí, siempre vamos a seguir juntos. Lo nuestro es una plataforma, no una celda. A Conrado me gustaría conservarlo como amigo, si él acepta estas reglas de juego. Si no, que busque refugio en otro sitio. Aquí la situación ya está planteada, y no se modifica. —Lo besó en los párpados, como le gustaba hacer en los parques públicos, cuando no tenían otro lugar en que estar solos—. Ahora os voy a preparar una cena de las que siempre nos han gustado: a base de patatas fritas y filetes de cerdo.

Habían pasado los años y nunca habían vuelto a hablar de aquel asunto. Conrado seguía apareciendo por su casa, pero sólo en fechas que lo justificaba y acompañado de más invitados. Begoña seguía frecuentando amigos, emprendiendo viajes. Pero el pacto que aquella tarde sellaron se mantenía, sin necesidad de renovación, en alto y distante, como el anuncio luminoso de salida de emergencia en una sala de cine, durante la proyección. Por eso no era extraño que Vicente Carrillo Fowler llegara a casa a media tarde después de permanecer más de diez horas en su oficina y no la encontrase, que hubiera semanas en las que apenas intercambiaban unas frases de protocolo e intendencia, que durmieran en cuartos distintos para no despertar al primero que se hubiera acostado, casi siempre él. La seguridad era el

linimento que los unía, aunque a veces no bastara. Aunque muchas veces echase de menos un poco más de compañía.

Volvió a la planta superior para cambiar las alpargatas (cuya aspereza de espigas utilizaba para facilitar el riego sanguíneo de sus piernas sedentarias) por unos náuticos marrones. Entró en la habitación de Blas: una ermita consagrada al culto de los fetiches universitarios (becas, pegatinas, fotografías de prestigiosos campus anglosajones) y los posters con la florida catalepsia que surfers y pastilleros comparten. Hurgó en uno de los cajones del escritorio, hasta encontrar las llaves que buscaba. Cuando salía por la tarde prefería no utilizar el coche de la empresa, sino el viejo Seat Ritmo gris de Begoña, con el que luego se soltó como conductor su primogénito. Antes de bajar se asomó al balcón de su dormitorio. Mediaba mayo: el cielo estaba despejado y luminoso todavía. Vio el ferry de las seis levantando una ráfaga de espuma mientras sorteaba el laberinto portuario para enfilarse el estrecho, casi enfrente del lugar donde él se encontraba. La urbanización era un rumor de motocicletas circulando a reducida velocidad por la proliferación de badenes, de risas infantiles, de aspersores giratorios en las isletas ajardinadas, de pájaros hiperactivos en las copas de los sauces.

Le costó trabajo arrancar el Ritmo. Por un momento temió no poder utilizarlo, dado que en el garaje no había espacio suficiente para intentar un arranque de emergencia. Por fin, tras varios lamentos del vetusto motor a gasolina súper y pedaleos cadenciosos en el acelerador, emitió un ronco gemido. Una masa negra de monóxido tiñó la pared del fondo. Recorrió despacio los carriles y las avenidas sin saludar a ningún vecino hasta llegar al control de salida y luego se adentró en la maraña de calles, atravesando la ciudad. En un promontorio sobre los acantilados, al otro lado de la ensenada, el viejo cementerio municipal parcheaba el paisaje con un diagrama de cipreses encaramados a los muros blancos.

Aparcó junto al quiosco de las flores. Se acercó a la verja cerrada. Agarrando uno de los barrotes herrumbrosos, estiró el otro brazo e hizo chocar varias veces contra la chapa metálica una cadena que colgaba de la parte interior. Se miró la mano izquierda tiznada de óxido y, mientras utilizaba un viejo periódico para limpiársela, vio a lo lejos aproximarse a un operario con mono de trabajo verde, que caminaba arrastrando una de sus piernas.

—Hombre, don Vicente Carrillo Fowler, cuánto bueno. Usted siempre viniendo a la hora que le da la gana, como está mandado —el sepulturero exhibía

una sonrisa sincera y secaba con un pañuelo grisáceo los chorros de sudor que le caían por las sienes.

—Buenas tardes, Manolín, ya sabes que no puedo venir antes, tengo mucho trabajo. ¿Me vas a dejar pasar, figura, o qué?

—El cementerio se cierra a las seis, usted lo sabe. Los huéspedes tienen que descansar, están ya muy mayores. —Soltó una carcajada de sepulturero socarrón, o de boxeador retirado—. Pero tratándose de usted, se puede hacer una excepción, qué duda cabe... —Desanudó la cadena e hizo girar la chirriante cancela, con un gesto de bienvenida exagerado.

—Muchas gracias, Manolín, me alegro de verte tan bien. Ya sabes, yo te agradeceré el favor.

—Como usted quiera, don Vicente. Usted sabe moverse por estos patios; disculparé que no le acompañe, porque tengo faena. Si me necesita, andaré por las galerías de poniente. Cuando termine, puede chocar un jarrón contra una lápida cualquiera —volvió a reír—, que yo vengo enseguida a abrirle la puerta. Al inquilino lo mismo le va a dar. Antes del tercer aviso me tiene aquí, seguro.

Anduvo entre las lápidas y los panteones sin que la familiaridad le redujese el sobrecogimiento. Siempre que venía, un par de veces al mes, se detenía ante dos sepulturas que desde pequeño le habían pareci-

do impresionantes. La primera era una construcción marmórea de 1837; habían cincelado la fecha en la piedra con números romanos: *MDCCCXXXVII*. Una portecilla de chapa, en la parte trasera, cerraba el paso a la cripta donde debían de haberse podrido los difuntos. El conjunto lo formaban cientos de diablillos deformes, ciclópeos, enanos, con riadas de babas cayéndoles de las fauces amenazantes. Era como si una avioneta los hubiera dejado caer a plomo y hubiesen formado ese amasijo de malas intenciones con sus cuerpos desvencijados. Sobre ellos, un querubín de bronce tocaba el arpa, ajeno a todo dolor, símbolo de la esperanza en una eternidad mejor para quienes hayan cultivado el bien. Un cartel había sido enmarcado y se exhibía a los pies del panteón:

Propiedad Municipal

Ante la ausencia de los herederos durante más de 50 años el municipio asume la titularidad y, en Pleno, decide conservarlo como bien de interés patrimonial.

1972

La conservación se reducía a sacarle brillo al querubín, mientras una capa de roña verde y negra cu-

bría la pieza de mármol de la que habían extraído a los demonios, auténtico interés de la obra.

Más allá, una humilde lápida de piedra gris lucía su inscripción bajo un crucifijo de madera: *Desconocido. 20—XI—21*. A sus pies, en el cemento, habían pintado de blanco un enorme rectángulo. Allí, agolpados, había siempre cientos de ramos de flores, coronas, jardineras recién adornadas. Vicente se detuvo frente a ellas un momento y recordó la leyenda que pesaba sobre esa sepultura: Un joven de origen desconocido, nombre secreto y pasado turbio se alistó en la legión que luchaba en el norte del Protectorado, durante la guerra de Marruecos, tras el desastre de Annual. Los aborígenes habían sitiado su destacamento y, carentes de víveres y munición, unos veinte hombres rezaban a la espera de que algún refuerzo llegase desde Melilla, con la que no se podían comunicar. El soldado decidió salir a cuerpo descubierto para alertar a las tropas españolas, pretendiendo recorrer a pie los quince kilómetros que lo separaban de ellas, minados de bereberes con carabinas que dominaban el terreno como las palmas de sus manos. Salió a la carrera. Miles de fogonazos encendieron la noche del desierto. Horas después las tropas de Melilla acudieron a rescatar a los militares del destacamento, que no creían lo que estaban viendo, pues se daban ya por muertos. El muchacho

había llegado desangrándose a la ciudad, pero no expiró hasta que dio parte de la situación a sus superiores. Cientos de proyectiles se habían alojado en su cuerpo, lo que restaba toda lógica al hecho de que hubiese podido culminar su propósito. Para homenajearlo trajeron su cuerpo a la península y lo enterraron individualmente, saltándose el protocolo que regía las fosas comunes en el caso de soldados anónimos. Años después, cuando olvidada ya su hazaña abrieron la fosa para retirar los restos, encontraron un cadáver intacto. Las ropas se habían desmoronado y su cuerpo lucía una lechosa blancura acribillada por los múltiples impactos de proyectil. Alguien propuso como explicación que podía haber caído en un nido de escorpiones, o de víboras, que lo habrían empapado en un veneno contra el que su cuerpo, tras meses en el desierto, estaría inmunizado. El propio veneno habría servido de antídoto contra el efecto de la pólvora durante la hazaña y ahora actuaría como conservante en el cadáver. Los más, sin embargo, atribuyeron cualidades milagrosas al soldado incorrupto y decían que permanecería así, intacto y favorecedor, mientras nadie revelase su auténtico nombre. Esa veneración acumulativa traía flores a aquel rectángulo, invariablemente frescas desde que Vicente tenía memoria.

Al llegar al fondo del patio central bajó escaleras y rampas, dobló esquinas, recorrió pasillos y sorteó escalas de madera hasta llegar a una recóndita galería, en el extremo noroccidental del camposanto. A pesar de que clausuraban el corredor dos muros de nichos del mismo tamaño, cientos de lápidas en vertical con inscripciones en relieve, cruces, vírgenes del carmen y leyendas estereotipadas; a pesar de que las flores que los adornaban componían una tupida malla de colorines tras la que era difícil descifrar ningún nombre, Vicente anduvo algo más de la mitad del pasillo y se detuvo con precisión frente a una sepultura situada en el tercer nivel.

Allí permaneció durante más de veinte minutos, apoyado en dos jardineras de terrazo que sobresalían de las esquinas de la losa:

Gerardo Galindo Fowler

RIP

22-VI-1912 — 30-III.1985

Propiedad.

Puesto que no creía en un dios o, al menos, en un dios que tuviese relación con los muertos, al que se pudiera acceder a través de ellos para hacerle llegar los ruegos y preguntas del fin de la reunión, nunca

rezaba. Puesto que no creía en la vida después de la muerte, salvo la vida de la propiedad en manos de los herederos, no mantenía conversaciones con los difuntos, no les contaba sus experiencias ni sucumbía a la tentación de permitir que le enviaran, a través de su propia imaginación, mensajes del otro lado. Sin embargo, la memoria se le disparaba en esa posición. Era una máquina pesada que se ponía en marcha vertiginosamente y lo devolvía a los días de infancia, a los lugares ya inexistentes, al dolor renovado.

Gerardo Fowler fue algo más que el primo de su madre cuando el futuro lo acosaba, inmenso y caótico, y todo lo que le rodeaba, los objetos y los afectos, se sostenía en equilibrio provisional. Cuando Vicente lo conoció, poco después de nacer, había abandonado una provechosa situación en la presa que abastecía de agua potable a Hamburgo y su cinturón industrial. Aunque allí podía haber resuelto su vida material, solía decir, aquel automatismo no le llenaba y volvió a su tierra natal con unos ahorros medianos que, mal invertidos y bien derrochados, se difuminaron en pocos años. Antes había sido conductor del destacamento civil en Sidi Ifni, y de autobuses en la Guinea colonial. De aquellas estancias sólo conservaba unos amarillentos carnets identificativos en los que exhibía cara gordezuela, patillas y

tupé, y unas hojillas sueltas donde había anotado los nombres de sus mucamas y los de los hijos mulatos que éstas se habían empeñado en atribuirle, junto a sus fechas de nacimiento. Aunque Gerardo no mantenía ningún tipo de contacto con aquella prole mestiza Vicente siempre pensó que en el fondo de su conciencia germinaba el temor a que algún día aparecieran por estos lares exigiendo el reconocimiento del que la normativa metropolitana les privó. Temor y anhelo, porque algunas veces describía sus caras con la borrosa imprecisión que el tiempo acumula y a sus lacrimales acudía una gota que intentaba disimular con asaltos de humor sobrevenido: “La vejez...”, añadía entonces, restando importancia al asunto.

Lo acompañó durante muchos años, como un escudero aprendiz, por los despachos y las tabernas en los que su conversación se difuminaba, entre la ignorancia y la grandilocuencia. Gerardo Fowler había decidido convertirse en empresario triunfador, nunca más desempeñar trabajos subalternos ni obedecer otras órdenes que las de su instinto predador. Tuvo diversos socios: capitalistas con mucho dinero y relaciones en las alturas, adobadas con las mismas ínfulas fantasiosas que él exhibía en los Casinos Mercantiles y los Círculos de Amigos del País; comanditarios maestros de rancieros oficios, con la

desgana laboral de quienes saben que su carrera es ya una cuesta abajo hasta llegar al hoyo de la jubilación. Una tienda de repuestos de automóvil (“cada vez hay más coches, esto es un negocio asegurado”), un restaurante de pollos fritos a presión (“la gente tiene que comer a diario, eso siempre generará ingresos”), una pequeña fábrica de bolsas de plástico con logotipos a dos tintas, que siempre se sobreimpri-mían y emborronaban (“los supermercados las regalan, tarde o temprano lo harán todos los comercios”), un bar de alterne con tres meretrices ajadas, en bragas y montera de torero, y una drag-queen sin afeitarse que por las tardes se convertía en Agatha Lis y por las mañanas atendía a la suerte de Avelino Cabrera en un tabanco de la judería (“es el negocio más antiguo del mundo, en esto sí que no podemos fallar”). Esos fueron algunos de los negocios que minaban progresivamente la economía y la salud mental del primo Gerardo, cada vez con menos pelo, cada vez peor vestido y con la mirada más esquiva cuando tenía que afrontar, ante adultos escépticos, la explicación de las actividades entre las que se iban diluyendo sus ilusiones.

Cuando sus ahorros y los beneficios que los plazos fijos a los que los suscribió fueron agotando su crédito se vio obligado a afianzar con la casa que sus padres heredaron de un tío soltero y tuberculoso la

puesta en marcha del negocio del siglo: un comercio de artículos de sacristía y abalorios de cofrade, situado en un local frente a la iglesia mayor de la ciudad, cuya desorbitada renta de alquiler tuvo que anticipar en un semestre. Como cabía esperar, el anticlericalismo, o un aconfesionalismo militante, fue en aumento durante esos años y Gerardo acabó vendiendo a precio de saldo los santos de barro y las columnas de velas, transportándolos en una furgoneta Cuatro—L prestada y averiada, acudiendo puerta a puerta a las parroquias de los más recónditos poblachos y las escuelas agrias de monjas, con madres superiores insuperablemente hábiles en el arte del regateo. Vicente, un adolescente timorato todavía, aprovechó aquellas correrías para faltar a clase en el instituto, practicar lo que años después llamarían turismo rural por la sierra de la provincia y aprender de una vez por todas que, en materia de dinero —más que en ninguna otra ciencia—, realidad y deseo conviven mal si no se los adoba con un poco de instinto asesino o, como aprendían en clase de Filosofía, de la *auctoritas* y la *fortuna* que Nicolás Maquiavelo exigía a sus príncipes.

A fin de financiar nuevas derrotas, con quince años firmaba sin parar letras de cambio con pago aplazado que Gerardo corría a ingresar en su cuenta bancaria para que liquidasen su descuento. Luego,

cuando eran protestadas por sus tenedores, él mismo saldaba aquellas autodeudas con la firma de otras de cuantía mayor, previa retención del precio de la usura que la caja se reservaba, pues es sabido que en materia de juegos dinerarios la banca siempre lleva las de ganar. La bola de escarabajo de este último método de financiación fue creciendo exponencialmente hasta que las autoridades monetarias detectaron el fraude: Gerardo perdió definitivamente la casa en la que había sido engendrado, el director de la sucursal que facilitó todo aquel embrollo fue rebajado a un puesto de cajero en la isla de Hierro y si Vicente se libró de responder ante la justicia fue por su minoría de edad y por la cara de primerizos que sus padres llevaban el día que los llamaron a declarar en el juzgado de instrucción.

Vicente Carrillo Fowler fue apartándose de aquella academia del fracaso. En los años siguientes se quemó las pestañas ante los códigos y los repertorios de sentencias, las ansias entre los labios con carmín borroso de Begoña y los pantys enrollados a la altura del tobillo de alguna compañera de facultad. Pero nunca dejó de considerar a Gerardo Fowler su maestro, su mentor y su camarada, y durante los años que duró su lento apagamiento lloró a escondidas por no poder detener ese deterioro, del mismo modo que a veces lo hacía ahora, apoyando la frente

sobre la lápida tras la que los gusanos se habrían dado un banquete con su cuerpo. Muchas veces, cuando todavía trabajaba en la compañía de seguros y se dirigía a pie a los juzgados, desvió su recorrido para no pasar por la zona donde un asilo de beneficencia lo tenía acogido. Si se encontraban de improviso en cualquier acera, Gerardo le pedía un par de cigarrillos y él corría a un estanco para comprarle un cartón. Se lo entregaba con un abrazo. Lo despedía de inmediato con un protocolo de frases hechas que escondían las ganas de llevárselo a vivir con él, aun sabiendo que nunca aceptaría la mediocre rutina en la que se había recluso y le habría recordado que él, Gerardo Galindo Fowler, desertó de su puesto de operario en la presa que abastecía de agua potable a Hamburgo y su cinturón industrial para no volver a someterse a disciplinas, para vivir lo que le quedara en este mundo con la frente al aire fresco y libre de la mañana. El día que supo de su muerte encargó a su costa un ataúd y dos coronas de flores, contrató a seis portadores y, a solas tras la comitiva, lo hizo sepultar tras aquella lápida que, según hacía constar la placa a ella atornillada, le pertenecía en propiedad. Algún día también él sería enterrado allí —ese era el deseo que había manifestado a su mujer y sus hijos, que pese a que pronto inaugurarían un cementerio mancomunado en las afueras se habían comprome-

tido a respetar ciertas autoridades previo pago de un canon que sellaba el compromiso— y, si bien ese proyecto no aminoraba sus remordimientos por no haber atendido mejor a quien tanto le dio cuando nadie más lo hacía, era la única idea que lo tranquilizaba. La certeza a la que siempre llegaba cuando, sin mirar atrás, recorría de vuelta los patios y las escaleras.

Llamó a Manolín Correa haciendo chocar varias veces la cadena mohosa contra la cancela de entrada. Antes de salir, le introdujo un billete en el bolsillo pectoral del mono, que tenía las esquinas descosidas.

—Quién me ha visto y quién me ve, don Vicente. A dónde ha ido a parar uno. ¿Se acuerda la noche que cerré a tocateja una cueva del Albayzín, para la cuadrilla y los de mi peña, la tarde que le corté las dos orejas a un cinqueño de Pablo Romero?

—Anda, olvida ya todo aquello, Manolín, que han pasado muchos años. Y no te quejes tanto, que no paras de quejarte. Podías haber terminado peor, tú lo sabes. Dale recuerdos a tu señora. Dile que te remiende la ropa de trabajo, que se puede ser sepulturero con mucha dignidad.

El coche arrancó ahora sin ningún problema. Lo hizo girar al fondo de un carril arenoso, bajo una colonia de eucaliptos. El operario se despedía con

una mano blanda, mientras con la otra se secaba el sudor de las mejillas. Su sonrisa era franca y vacía, como la de un invidente que aborda a un transeúnte para que le oriente al cruzar una calle concurrida. Frenó a su lado.

—No te quejes más, Manolín. Todos tenemos problemas, pero no vamos contándolos por ahí. Ya somos mayorcitos para eso.

—¿Se acuerda de cuando estuvimos a punto de irnos juntos a Méjico? —le decía el torero. Pero Vicente ya no le podía escuchar. Bajaba la pendiente, sin frenar se incorporaba a una rotonda y la abandonaba de inmediato.

Las glorietas habían proliferado en los últimos años con tal euforia que a veces se recorrían los barrios y las avenidas sin la sucesión de una quiebra, como si toda la masa de ladrillos y pvc fuera parte del mismo decorado. Vicente solía mantener la segunda marcha del Ritmo. Si había suerte, con un poco de riesgo en las incorporaciones, podía llegar donde quisiese sin tocar la palanca de cambio ni el freno, regulando la velocidad a base de pequeños acelerones, soliviantando la paciencia de los demás conductores en las rectas, pero inquietándolos con su temeridad en los círculos que las entrelazaban.

Le fastidió tenerse que detener ante un paso de peatones. Una multitud de niños en uniforme gris iba a cambiar de acera para ser conducida al autobús que los esperaba unas decenas de metros más allá, en

la explanada que la municipalidad reservaba para ferias y concentraciones. Una muchacha de edad bastante mayor, con peto reflectante, exhibía un cartel de Stop en la mano izquierda y en la derecha portaba un cartelón con letras naranjas:

**SEÑORES CONDUCTORES:
DISCULPEN LAS MOLESTIAS
EL COLEGIO “SALUD Y CONCORDIA”
MUESTRA LA CIUDAD A
LOS ALUMNOS DE SEGUNDO
GRACIAS POR SU PACIENCIA**

En los soportales de la derecha un escaparate mostraba las últimas tendencias en vestuario de trabajo: gorros de chef, chaquetas azules con botones dorados para los porteros de las discotecas, trajes de agua de los que utilizan tanto los obreros de la construcción como los de las actividades portuarias, máscaras previsoras de intoxicaciones gaseosas, protectores auditivos para quienes manejan martillos percutores, prendas blancas y acolchadas para el trabajo en cámaras frigoríficas, pantalones de plásti-

co acabados en botas de agua, totalmente impermeables, guantes con la cubierta atravesada por barbas metálicas y las puntas de los dedos reforzadas con dedales de acero, usados en las serrerías, uniformes azul marino de azafata con pañuelos blancos al cuello, en los que se reproducía hasta la desesperación el logotipo de una empresa de autocares. Los maniqués habían sido dispuestos de tal modo que, aunque descabezados, pareciera que estaban realizando las labores propias del oficio cuyo papel representaban. Unos hilos de pesca tensados desde los clavos que los unían al falso techo o las paredes mantenían los guantes, los sombreros o las botas, fantasmalmente, en el lugar y la posición a los que los hubieran llevado las obligaciones de sus portadores si, efectivamente, estuvieran cortando finas lonchas de atún congelado o subiendo por una escalera de cuerda al piso donde un incendio esperaba ser extinguido.

Una niña lujosamente peinada (¿cuál era el signo que permitía atribuir lujo a aquella cara, ataviada con el mismo uniforme que las de sus compañeras? ¿El trenzado rasta culminado por bolitas de plata, el brillo de las raíces?) y con un eco de ascendencia gitana en la mirada se paró frente al Ritmo, mientras sus compañeras seguían a las profesoras hacia el autobús. Tiró un beso a Vicente, que le devolvió el

saludo con la mano. En ese momento recordó una tarde ventosa en que vino a este mismo sitio para comprar un uniforme de camarera de piso de su talla. Los dependientes no se sorprendieron de su intención. Era febrero y ese fin de semana se celebraban bailes de carnaval en casi todas las plazas del casco antiguo. Le facilitaron una blusa negra, un delantalillo y una cofia blancos y almidonados, una falda ceñida hasta las rodillas, unas manoleínas brillantes, cuya suela porosa hacía cómoda la utilización durante largas jornadas, silencioso el recorrido de los pasillos recién encerados.

No hacía más de dos o tres años que aquello sucedió. Sin embargo, había intentado olvidarlo, y en lo fundamental lo había conseguido. Ahora se volvía a ver aquella tarde comprando gruesas medias con las que protegerse del frío invernal y una máscara de pómulos abultados y labios sensuales tras la que había decidido parapetarse la noche del viernes de carnaval. Begoña había viajado con unos compañeros al Lisboa de la Exposición Universal, Curro la acompañaba; los hijos mayores tenían sus propias ideas sobre cómo divertirse durante el fin de semana. Vicente se había consolidado ya en el staff directivo de la fábrica de virutas de corcho, la mayor industria de la provincia, con filiales en medio mundo, clientes en todos los países importantes, una cuenta de

ingresos anuales superior al presupuesto de algunos estados aspirantes a la admisión en la Unión Europea. Comenzó allí como responsable de las contrataciones internacionales, con dedicación exclusiva y un sueldo que duplicaba la media de lo que venía ingresando hasta ese momento entre clases, asesoramientos y pleitos varios. La amistad que pronto cultivó con directivos y propietarios lo convirtió en el responsable de una plantilla de mil trescientas almas menesterosas y las relaciones con tres empresas subcontratistas que sumaban otras dos mil más. Demostró eficacia en la resolución de conflictos, diplomacia al encauzar reivindicaciones y obstáculos para conducirlos al terreno de lo razonable, desenvainó una insospechada impiedad al afrontar algunos despidos disciplinarios. Todo ello llamó la atención de los miembros del Consejo de Administración de la multinacional, que pronto lo catapultaron a un puesto de Subdirector Jurídico con implicación en las múltiples divisiones y actividades de la empresa. Vicente Carrillo Fowler dirigía un compacto departamento de cinco juristas especializados en diversas áreas del derecho, los marcaba de cerca y distribuía el trabajo de tal modo que era la única persona que conocía a la vez todos los problemas que amenazaban la buena marcha de la factoría, cuando los había. En otras zonas del mundo hu-

bieran denominado a aquello poder y predominio, pero allí los grandes ejecutivos mantenían la discreción como una norma no escrita, residían en los mismos barrios que médicos pluriempleados y comerciantes industriosos, enviaban a sus hijos a las universidades de los alrededores, cenaban en los asadores donde lo podían hacer, con menor frecuencia, los obreros de las fábricas.

Había merodeado durante los días anteriores la idea de despojarse de esa capa de seriedad que le amortajaba los ademanes y salir a la calle, de noche y habiendo bebido un par de combinados en casa, para olvidarse durante unas horas de sí mismo, observar a sus conciudadanos desde una altura menor que la que le imponía su posición social. Había sido invitado por algunos de los miembros de la clase dirigente local a participar en un encuentro que tendría lugar, en un vetusto club de ociosos, donde concurrirían todos vestidos de goyescos —majas y chulos, moños embutidos en rejillas y bultos inguinales transfigurados por la introducción de prótesis de esgrima— para escuchar a la agrupación coral que habían contratado al efecto antes de salir en rebaño a las calles, donde se mezclarían con la masa bulliciosa.

Su opción fue la contraria: saldría de casa con ropa ligera y en el coche de su mujer. Lo aparcaría en una zona umbría, cerca de las pistas polideportivas,

para poder enfundarse el disfraz sin llamar la atención. Guardaría la ropa en una bolsa de paddle, bajo el asiento del acompañante del conductor. Saldría por una escalerilla de enfoscado a la zona de los cuarteles, donde la juventud solía instaurar el campamento previo a los asaltos de alcohol y preservativos de los fines de semana. Con el disfraz de camarera de piso, con la máscara de verbenera que cubriría su rostro, se podría infiltrar entre la multitud de botellón y pastillas, de porros y navajitas, para entonarse y perder la inhibición antes de introducirse un poco más tarde en la zona central de la fiesta —caretas venecianas, agrupaciones brasileiras de muslos temblorosos, tablados con orquestas de lentejuelas, grupos de amigos que habrían ensayado alguna gracia que exponer en los lugares estratégicos ante vecinos asombrados—. Una vez allí, pronosticaba, observaría a sus iguales sin ser reconocido, escandalizaría a las esposas de los notarios y los capitanes de marina mercante mostrando, bajo la falda remangada, la pelambre pública que escaparía entre los encajes de unas bragas de Begoña que ya había seleccionado, de un salmón rebajado por varios lavados a máquina entre ropa multicolor.

La primera fase comenzó según lo planeado. Compró un recipiente con lo que llamaban “rebujito mix” en un quiosco que la juventud frecuentaba. Se

trataba de una mezcla de vino tinto, refresco de cola y ginebra de garrafón servida en un recipiente de plástico con una pajita para sorber incrustada en el tapón. Decidió consumirla despacio e intentar relacionarse con los presentes, intentando no dejar entrever sus intenciones y, sobre todo, su procedencia. Un grupo de chicos y chicas muy jóvenes —14/17 años, calculó—, disfrazados de toreros, picadores y monosabios, se sentó en un banco, justo ante el pozo cubierto de musgo en el que él había establecido su observatorio. Pronto comenzaron a incluirlo en su conversación y a llamarlo “la criada”, como si lo conocieran de toda la vida. Su información taurina era muy poca, su vocabulario restringido y enclaustrado por una serie de ripios que repetían a cada frase. Sus cuerpos se restregaban con una cercanía aterradoradora, pensó Vicente, como si el contacto no pudiera conducir a la fusión, o como si la fusión se diese ya por superada, formase parte de una fase anterior. Una chica de baja estatura y pechos desorbitados se sentó sobre sus rodillas y pretendió, después de haber aplicado potentes absorciones a la paja de su “rebujito mix”, levantarle la careta para comprobar si debajo de aquel mutismo se ocultaba alguno de los habituales de la garrafa comunitaria. Vicente Carrillo Fowler lo impidió con un manotazo y ella, en lugar de interpretar como un rechazo su

violencia, le ofreció sus labios carnosos y asimétricos, sus caderas embutidas en una taleguilla de raso y tachuelas baratas.

Decidió cambiarse de grupo. La juventud no vuelve, pero en algunas situaciones es mejor que no lo haga, pensó. En otro claro de la explanada donde los soldados habían dado taconazos cuando la milicia era obligatoria un grupo de mujeres de unos veinticinco años vestían ropa de calle y habían carnavalizado su atuendo con algunos elementos — narices y gafas a lo Battiato, pelucas de Maggie Simpson, sombreritos de tratantes de mulas, franjas tricolores en banderola y una corona de laurel, con el hombro descubierto— que no conseguían camuflar sus intenciones de tigresas ni las homogeneizaba. Bailaban con cuerpos laxos al ritmo que marcaban dos altavoces ubicados en el maletero de uno de sus vehículos, del tamaño de balas de algodón. Bebían alternativamente de un “rebujito mix”, o algo similar, en recipiente colectivo de al menos tres litros. Habían comprado botellas de whisky escocés y, con pulso vacilante, rellenaban petacas de bolsillo para dosificar durante la noche el gasto en refrescos y la borrachera. Vicente se acercó.

—Hola, lleváis buen rollo, ¿eh?— dijo, porque no se le ocurrió otra forma menos patética de iniciar la conversación.

—¿Carnaval o Semana Santa? — se dirigió a él una mujer en la flor de los treinta años, con una estrella de Kiss tapándole media cara, a la que Vicente reconoció como la profesora de informática que había estado en su despacho meses antes, adiestrándolo en el manejo de la videocámara para comunicarse con los clientes de ultramar.

—Bueno, Carnaval, ¿no? — contestó, pensando que así se elegía alguna de las bebidas que estaban compartiendo, o el próximo disco—. Para eso estamos en febrero, ¿verdad?

—Vale, ¿pescado o carne?

—Carne, sin duda. —dijo, por si se referían a su inclinación sexual, equívoca por el disfraz elegido.

—Vale, ¿La Gestapo, la Cia, el Mosaad o la KGB? — Todas se habían vuelto hacia él y estaban planteándole problemas morales irresolubles, a esa hora y con aquel atuendo.

—Esa es difícil, desde luego, y con cuatro alternativas —contestó, para darse un colchón de tiempo—, pero voy a decir la C—I—A, que está ganando, de momento.

—Bueno, prueba superada —su profesora de informática por un día, a medio jornal de operario la hora—. Ahora viene la rrefiniva. Atención, que tiene premio: Michelin, Tío Pepe, Naranjito, Adidas o la Ruperta.

—Menos la Ruperta, cualquiera. Digamos... ¿Tío Pepe?

—Gua—Gua—Gua—Guaaa —gritó una de las mujeres, cuerpo escultural y nariz aguileña, figurando la sirena de la decepción en los concursos de preguntas y respuestas.

—Mira lo que te pierdes —le decía una mixtura de promotora en sección de audio—vídeo con peluca de María Antonieta en la ópera, mostrándole una bandejita de plata, en la que habían alineado decenas de píldoras de colores, con los logotipos de la prueba en la que acababan de suspenderlo, excepto el que él eligiera. Todas escogieron su preferida, y las iban ingiriendo, ayudándose con largos sorbos de “rebujiito mix” o lo que fuera que contuviese el recipiente XXL. María Antonieta en *wanderbrá* partió por la mitad la suya (un Fidel Castro de color verde pera)—. Toma, lo compartimos —Vicente introdujo el trozo en su boca con temor, casi sin abrir los labios—. ¿Vas a ir luego a alguna fiesta o te has vestido así para bajar la basura? Déjalo, es una broma, no hace falta que contestes.

—En realidad yo soy un padre de familia —comenzó a sincerarse— en busca de nuevas experiencias. Puesto que sólo se vive una vez y estamos en carnaval, voy a dejarme arrastrar, como un plumón de gaviota en el remolino de una ola que rompe

—intentaba gritar para elevarse sobre el estruendo de los coches—discoteca que iban multiplicando los decibelios y los colorines en la explanada, pero la timidez se lo impedía. Notaba que el brebaje que había bebido comenzaba a hacerle efecto, la pastilla todavía no.

—No-te-oigo-nada —le gritó ella—. Pe-ro-tú-no-te-pre-o-cu-pes. Si-gue-ha-blan-do que-me-en-canta-tu-bo-ca. Me-has-ca-í-do-de-pu-tí-si-ma-ma-dre.

—Hay un complot, lo he descubierto hace no mucho tiempo —dijo, bajando todavía más el volumen de su voz; ella le sonreía, bailaba con los brazos flojos, la cabeza dando tumbos—. Y yo formo parte de él, en realidad soy el vértice, la pieza que lo mantiene en pié. Los conozco a todos. Más tarde te señalaré quienes son, si me acompañas: van vestidos de piconeros, pero todos tienen cuentas secretas en Gibraltar. Preparan con años de antelación las bodas de sus hijos, que se emparejan entre sí. Tienen seguros que cubren con grandes primas la eventualidad de que acaben en la cárcel, las contabilidades de sus empresas son la prueba irrefutable de que los agujeros negros existen. —Ella lo interrumpió, introduciendo un pulgar entre sus labios, jugueteando con la rasposidad húmeda de su lengua.

—Qué-gra-cio-so-eres-ca-ma-re-ra-de-pi-so. Yo-me-lla-mo-Su-sa-nay-tra-ba-jo-dan-do-cla-ses-de-

expre-sión-cor-po-ral-ae-je-cu-ti-vos-de-las-gran-de-sem-pre-sas. ¿Y-tú?

—Vincen, como Van Gogh. Déjame terminar: compran las asignaturas de sus hijos más torpes regalando cruceros por el Caribe a los profesores, pobres funcionarios de medio pelo que poco pueden hacer contra la avalancha de sus chequeras; si atropellan a un desgraciado cuando anochece con sus todoterrenos suecos, lo rematan, lo ocultan bajo unos matorrales y la policía asegura que le atacó un lobo, desconectan los generadores eléctricos y provocan apagones en las oficinas cuando reciben la visita de un inspector de hacienda, o de trabajo. —Tomó aire—. Luego los llevan a los mejores restaurantes y pagan a supuestos ligues espontáneos para que masajeen con crema de anacardos sus escrotos. Invierten todos sus ahorros en acciones de sus propias empresas el último día de cada ejercicio, para elevar la cotización. Las venden al día siguiente, después de haber falseado la marcha en los informes que presentan a los grandes propietarios...

La boca de Susana era como la sección de una arteria, reproducida y ralentizada para su videoseguimiento en un programa científico de sobremesa, en la que hubieran plantado un manto de manzanilla y menta para que el espectador pudiera revolcarse por

sus paredes sin importar el tiempo ni la cantidad malgastada en la toma. Vincen Carrillo Fowler se desplomó por ese prado y dejaba que la lengua de ella —una de esas babosas frenéticas que acumulan los sabores de todo el día y los envuelven en una fina capa de tabaco light y cubata— hiciera un examen minucioso del trabajo de su dentista: coronas de porcelana, empastes blancos en el exterior y de grava angulosa para los molares, dos colmillos anclados por barras de acero en espiral a las encías. Los minúsculos divertículos del sistema salivar reaccionaron, como tentáculos, a la caricia de la punta, y secretaban densos chorros de líquido, que hacían todavía más viscosa esa danza. Su lengua de gato —rasposa, pequeña, especulativa— entró en acción y, a las puertas de la otra boca se detuvo sin saber qué camino tomar. La babosa de Susana la acompañó, le mostró las habitaciones, el hueco de una muela que el crecimiento de la del juicio iba arrasando sin remedio, le enseñó a perder el tiempo por los pasillos laterales, entre los pliegues vaginales que ocultaba bajo su manto.

Luego todo duró mucho menos tiempo del que Vicente hubiera podido prever. Al cabo de unos minutos una oleada de descargas le sacudió la columna vertebral mientras, con los ojos cerrados, sus pulgares describían circulitos simétricos en torno a dos

pezones duros como proyectiles de revólver, arrugados como palomitas de maíz. Los abrió y, aunque el nivel de intoxicación se mantenía, pudo pasar revista a su cuerpo, tendido en una placa de zahorra, con las faldas remangadas y las bragas salmón desplazadas de modo que se había podido desplegar el artilugio que lo ensambló al cuerpo de la tal Susana, temblorosa todavía y ondulante sobre él, con las manos revoloteando sobre los dos cuerpos y el extremo de una felpa aterciopelada mordido con fuerza (¿para no gritar?, ¿para no desgarrar su cuello a dentelladas?). La peluca rococó había caído bajo el chasis de un coche con tapacubos de aluminio. Ella sacudía su melenita rubia y lacia, sus ojos bizqueantes. Al otro lado, en la pared, inscripciones dejaban constancia de antiguos encuentros, con fechas y apodos que pronto un buldózer derribaría. Mientras ella se debatía en los últimos estertores de una muerte ajena y cotidiana Vincen observó que, no demasiado lejos, los jóvenes continuaban sus preparativos de guerra y “rebujito mix”, de disfraces inconclusos y mentiras al por mayor. Evaluó su estado mental: el efecto de la pastilla se había atenuado, acaso fue lo que posibilitó la cópula, pero no el del brebaje, que decidió volver a adquirir para continuar la ruta, según el plan de acción aprobado.

Desplegaron de nuevo las faldas. Ella le resituó la máscara: nadie había podido desvelar todavía el enigma de su rostro, pensó. La despidió con una media sonrisa y una inclinación de la cabeza. Susana le tiró un beso. Vicente anduvo, sin volverse a mirarla, hacia el quiosco. Anotó en su agenda cerebral:

Susana. Clases de expresión corporal. Amiga de la profesora de informática. No volver a contratarlas. Nunca más verlas por la fábrica.

Se incorporó al laberinto de calles que las farolas iluminaban. Pensó por un momento en el raro fenómeno de las ciudades: antorchas encendidas en medio de la noche, asediadas por densas borrascas de malas intenciones, dispuestas permanentemente a derribarlas, para acabar construyendo sobre sus ruinas réplicas facsimilares de menor calidad cada vez. Todavía no habían dado la media noche. De los portales y los bares de tapas salían grupitos de solterones, parejas maduras, con disfraces comprados en jugueterías de saldo, confeccionados por modistas de segunda en barriadas del extrarradio. Los padres más jóvenes volvían de exhibir a sus hijos vestidos de duendes, de caperucitas, de plateados guerreros

galácticos. Algunos impacientes habían agotado ya sus reservas anímicas y dormían con las máscaras caídas, junto a sus propias papillas anaranjadas, bajo las marquesinas de los cines y los bingos clausurados por el empuje lúdico de los nuevos polígonos comerciales.

Vicente Carrillo Fowler recordó a un viejo funcionario del juzgado penitenciario al que se podía seguir la pista años antes, con toda probabilidad, al declinar el día, en los salones del mismo círculo social donde esa noche bailarían comedidamente sus iguales. Cuando entablaban conversación siempre detallaba su propia estrategia para recorrer la ciudad con sigilo y llegar al punto de destino en el momento conveniente. Al salir de los juzgados a primera hora de la tarde iniciaba un rosario de postas en cafeterías y bares que, si se hubieran señalado sobre un plano de la ciudad, habrían dibujado una curva cada vez más cerrada rumbo a la diana de destino. Si en alguno de los puntos intermedios se demoraba, saltaba sobre otra casilla para mantener fija la vista en el objetivo. Si el coñac y la cazalla penetraban con mayor fuerza las finas paredes de su estómago enfermo, en la siguiente parada pedía una infusión de manzanilla y la dejaba enfriar hasta que la temperatura coincidía con la de su cuerpo un poco moribundo. Eso mismo decidió hacer él. Vagaría por las

plazuelas peor decoradas, acercándose como un lince en la niebla, con sigilo, al lugar donde los pavos reales se concentrarían para desplegar sus colas y entonar su trino bobo. La vulgaridad ya no le molestaba. En sus primeros años de éxito laboral intentó huir de ella, pero tuvo que admitir que también en los amplios salones, en los despachos más altos, anidaba. Acabó tolerándola. A veces disfrutaba detectando un vaivén descontrolado y flamenco de unos dedos recién pedicurados, un gesto agresivo que afeaba el rostro de las secretarías que le franqueaban el paso en los ministerios, la cara de un auditor—jefe al arrastrar con la uña una hebra cartilaginosa de avestruz incrustada entre dos dientes.

Bailó junto a las barras de hojalata que las asociaciones de vecinos habían dispuesto ante sus sedes. Así detenían el brío con que los incautos acudían exigiendo fritangas gratuitas. Anunciaban durante la semana invitaciones succulentas a tutiplén y, en el fondo, lo que hacían era pedir ayuda a la población para que viniera a consumir de pago trozos de pescado fofo embalsamados en un emplaste a base de orégano y pimentón, para poder seguir financiando sus ganas de no hacer nada. Las amas de casa con gorritos de asedio y derribo, sus maridos con narizotas y monturas de gafas sin cristales, se daban empujones y codazos intentado abrir un hueco desde el

que pedir más vasos de plástico con cerveza y mucha espuma, más gambas descongeladas. En cambio, Vicente bebía a cara de perro de su macetón matraquero, movía el culo plano al ritmo machacón que unos altavoces cuadrados imponían desde sus altos soportes y abrazaba amistosamente a los calorros camorristas con los que, sin querer, de vez en cuando tropezaba.

Un hombre joven con un cepillo de encalar fachadas cosido en lo alto de la cabeza movió el esqueleto junto a él durante un rato, en el rincón donde un callejón se ensanchaba, y decía llamarse Epi, y cantaba los estribillos de las agrupaciones carnavalescas, y no tenía dinero para pagarse otra birra, y agradecía con abrazos pendulares la invitación que le hacía, y le dijo que si algún día quería algo él estaba siempre en un bar de autovía donde alguna vez había tomado café muy temprano, y que si buscaba trabajo él le podía echar una mano, y que no hacía falta ni currículum ni nada, que él sabía conocer a la buena gente aunque llevara careta, y que a él lo había calado del tirón, y que se quitara la escafandra para poder verlo, lo feo que era.

Vicente a veces olvidaba que iba disfrazado y oculto tras la máscara. Pensaba que podían reconocerlo los obreros de la fábrica, las auxiliares administrativas de los departamentos, el personal que man-

tenía las zonas comunes de la urbanización. Pero nada le importaba. Había bebido más alcohol barato del que su juicio hubiera debido tolerar y, sin embargo, gracias al efecto de la pastilla, pensó, sentía que su humor describía bucles melódicos y ascendentes. Su cuerpo dejaba que la música, cualquier tonada, lo atravesase. Sus pies lo hacían girar en los rincones más concurridos, lo arrastraban de un lugar a otro siguiendo remotamente los preceptos de un funcionario de juzgado de guardia, de un funcionario de prisiones, de un funcionario loco con un sello de registro en la mano que cambiaba de fecha a cada impresión y no podía dejar de estamparlo en cada papel que su vista alcanzaba, en las paredes de tonos mate para evitar los reflejos de los tubos fluorescentes, en la frente de los superiores jerárquicos, en las nalgas de las usuarias reclamantes, en la piel de pollo de su propio pescuezo pellejudo. Vio que pasaban los glúteos de una morena pujando por escapar del breve tejido de leopardo que los apresaba. Corrió a desencarcelarlos. Tiró hacia arriba de la minifalda. No le dio tiempo a abrazar el trasero liberado: el acompañante de la muchacha lo tumbó de un manotazo que le abarcó rostro, cuello y lóbulo de oreja izquierdos. Ni siquiera intentó devolver el golpe: la máscara que ocultaba su identidad había rodado entre las piernas de los transeúntes codificados. Andu-

vo a gatas hasta conseguir recuperarla. La reintegró a su posición. Miró hacia los concurrentes. Nada parecía haber pasado. El agresor había seguido conquistando su propia órbita, los demás bailaban y se abrazaban o reían hasta que las lágrimas se les escapaban por la comisura de los labios, o las babas burbujearan en sus lagrimales. Nadie se había percatado de su identidad. Allí nadie sabía quién era él.

Poco rato después precipitó su aludizaje en la Plaza, el espacio amplio y desarbolado donde concurrían todas las calles de la ciudad antigua con suficiente anchura para que los lugareños de otros siglos las hubiesen llamado avenidas. Una orquesta demasiado vociferante, con demasiados instrumentos, demasiados muslos precelulíticos, demasiados brillos plastificados, pretendía animar a la muchedumbre que se rebelaba a sus propuestas de tocar la rodilla de un semejante, de alzar las manos, moviendo los pies y la cabeza a ritmos desincronizados. En el rincón más cercano al Círculo Social, en unos escalones amplios que comunicaban la Plaza con el mirador desde donde los turistas podían admirar la inmensidad del puerto, la incesante tarea de desestiba de los contenedores de veinte pies, los conocidos de Vicente habían establecido su propio observatorio. Movían las caderas ligeramente –sobre todo ellas, para lucir sus cinturas recién lipoesculturiza-

das, para balancear las cuentas de azabache que bordeaban las mallas con que cubrían los moños de peluquería cara—, giraban el torso con un saltito. Pero, sobre todo, analizaban a quienes osaban desfilarse ante su preeminencia. Despreciaban el descuido que deslucía los disfraces de la gente, la prisa con la que atravesaban su cercanía algunas antiguas amistades venidas a menos, el travestismo de los traumatólogos, la falta de escrúpulos de alguna joven que aprovechaba el baile de máscaras para exhibir, como en una playa nudista y hortera, el tatuaje de su ingle, el rastro de puntitos negros que una crema depiladora de todo a un euro había dejado en el campo de batalla.

Vicente se fue acercando a ellos —nadie lo podía reconocer, cada vez más anonimatos enmascarados acudían a borbotones— y, apoyado en un tramo inútil de balaustrada, bailaba levantando alternativamente las pantorrillas, como en una máquina de corretear en el gimnasio. Un desconocido se apoyó también junto a él. Su disfraz, una sola prenda, desconcertaba: Había anudado una gruesa horca a su cuello. Un alambre rígido mantenía el cabo del extremo en vertical, provocando en quienes lo veían por primera vez una sensación angustiosa de fatalidad inminente. Él repasó los detalles de su atuendo: la cofia se mantenía erguida, la blusa se adentraba

con pliegues homogéneos bajo la cinta de la falda, las medias apenas habían acumulado unas gotitas del barro de la explanada. El hombre ahorcado se dirigió a él:

—Tú vienes con estos señores también, ¿no?

—¿Qué señores? —contestó Vicente—. Estamos en carnaval. Aquí nadie sabe quién es siervo y quién señor, estamos celebrando la ceremonia de la confusión, don Carnal y todo eso.

—Ya, conmigo no te quedas. Yo trabajo para el señor Belagua, de Capitanía. —Metió la mano en el bolsillo y dejó entrever una placa de heráldica difusa— ¿Con quién vienes tú?

—Mi nombre es Begoña, Bego para los amigos. Encantada. Yo hago camas, pero sirvo para todo: puedo depilar un bigote o ir a la compra, puedo sacar al perrito a hacer sus necesidades y te pego un botón antes de que se te caiga.

—Bueno, vale, muy profesional. Quédate tú controlando esta parte. Yo me voy a poner en aquel rincón, junto al cajero. Si hay lío, puedes contar conmigo.

—Lo mismo te digo —contestó, asumiendo con gusto esa condición de guardaespaldas por defecto.

Paró la música de la orquesta. Al momento un presentador vestido de bombero de cine mudo reclamó la atención del público. A continuación ten-

dría lugar el certamen local de disfraces. Por favor, los concursantes debían acercarse a la rampa trasera con la pegatina del número en el pecho. La muchedumbre se apretó en la parte central de la Plaza. Pero no el grupito de los goyescos. Habían elegido un buen sitio para mirar de lejos todo lo que tuviese lugar en el escenario, si es que algo de lo que tanta ordinariez acumulada pudiera destilar merecía ser visto. Saltaban ya al entarimado las amas de casa borrachas vestidas de geishas culonas, los tunos en grupo de esquimales, con abrigos y gruesas botas, pero con caras de tunos, con desparpajo de tunos, con chistes de tunos que contaban arrebatando el micrófono al bombero.

Vicente se aproximó a Luis Barea, que se estaba fumando un puro y sostenía un catavinos en la mano izquierda. Media botella de manzanilla colgaba en una cesta del cinturón. Antes de abordarlo comprobó que el guardaespaldas ahorcado charlaba con unos jóvenes en su puesto de control, ponía cara enigmática.

—La cosa se está poniendo fea, ¿verdad? —Luis, el director de una entidad bancaria con la que se solía gestionar los pagos internacionales, le miró de abajo arriba. El disfraz lo camuflaba perfectamente, aflautaba la voz.

—¿Qué fea ni fea? —Sacó un vasito de plástico de un bolsillo, se lo ofreció—. Toma, te invito a una copa de vino español. Deja eso que estás bebiendo: te puedes envenenar. No estoy seguro de quién eres, pero vas con un tipo muy bien conseguido. —La ofrenda fue aceptada. Continuó:

—Me han dicho que una auditoría va a visitarte la semana que viene. Espero que no investiguen las hipotecas infladas que les concedes a tus familiares.

—¿Yo, hipotecas? Yo soy director de zona, oiga. Yo no me dedico a esas migajas. No se pase usted de listo, comosellame. —Luis Barea se dio la vuelta: tocado, pero no hundido.

Don Francisco Pérez O'Doherty, Curro Dogerti para los conocidos, había optado por un traje de teniente de infantería napoleónico, como los de los gabachos burlados en las óperas románticas. Su pequeño vientre puntiagudo permanecía embutido bajo el fajín de seda. Parecía querer mantener con la pose la verticalidad que proponía la raya estrictamente trazada en los pantalones grises, sendas franjas negras laterales. Mantenía las manos enlazadas tras la espalda y, así, oteaba el horizonte de cabezas hiperactivas, como esperando de un momento a otro que la chusma se amotinase. Era el director del Consorcio Pancontinental de Transportes, el otro gran motor económico de la región. Controlaba una su-

perficie mayor que cien campos de fútbol, a la que accedían directamente un ramal de la autopista, la línea férrea de alta velocidad, la lanzadera de cercanías que enlazaba con el aeropuerto, las rutas de cargueros y portacontenedores que unían todos los continentes. Era fama su capacidad analítica, fuera de toda comparación posible, y su ego desbordado, su afán de preponderancia envuelto siempre en una capa de modestia y amabilidad.

—La cagaste con el Subcomisario Fronterizo, ¿verdad, Currito? —la camarera Vincen mantenía atrapados los galones del hombro, el codo almidonado.

—Márchese o tendré que llamar a quien lo entienda. No me llamo Currito, mamarracho.

—No te pongas así, Curro, que somos amigos —decía, impostando voz de seductora fatal—. Lo único que pasa es que se va a descubrir cómo desviáis los rodillos de aluminio, las balas de mercurio hidrogenado. Que tuvieseis todo apalabrado con el otro no os va a servir con el nuevo Subcomisario. Este traslado os ha venido en mal momento.

—¿Qué me dice usted de hidrogenización? No tiene ni idea de procesos químicos, payaso. Además, yo a usted lo conozco de algo. Haga el favor de dejar de molestarme.

—Doscientos rodillos al mes son demasiados, Curro, tenías que haber actuado con un poco de moderación. Una carrera como la tuya destrozada por una cosa así, de chorizos, qué vulgaridad.

—No voy a volver a decírselo: deje de molestarme.

—Además, todos tus sobrinos trabajando en los consulados presentes en la zona, sin entender ni papa de ningún idioma. Es un poco descarado lo tuyo, Curro, es de vergüenza. —Se acercó Antonio Ortega Santos, el Vicepresidente Económico de la Fábrica de Virutas de Corcho, el contrapeso amistoso de Vicente. Se colgó del cuello de los dos púgiles. Su altura menor, su perilla ovalada, sus pantalones de terciopelo cayéndole a ondas, todo lo que lo hacía ridículo quedaba anulado por esa simpatía de largo alcance.

—¿Conoces tú de algo a este fantoche, Antoñito? Se está poniendo pesado.

—Claro que lo conozco, hombre, esas manos huesudas y peludas tienen tres iniciales grabadas, ¿verdad, guapa? —e intentaba acariciar el mentón de Vincen.

—Deja de toquetearme, pulpo. Ya sabemos todos cómo te gustan las jovencitas, lo que le ha costado a tu empresa tapparle la boca a la recepcionista a la que obligaste a abortar tu hijo número nosecuantos.

—Venga, venga, tengamos la fiesta en paz — contestaba Antoñito Ortega, conciliador a pesar del croché. — ¿Os habéis fijado en las mulatitas? Si queréis mañana puedo organizar una fiesta en plan privado con ellas. Me las ha ofrecido Juan Vacila, el representante que las ha contratado. Lo puedo solucionar ahora mismo, si queréis —y podéis— despistar a vuestras legítimas. Tengo aquí grabado el teléfono —y sacaba de un receptáculo en la culata de su trabuco un móvil del tamaño de un encendedor. Una bolsita de polvo blanco cayó al suelo, la recogió sin azorarse.

—Siempre con tus vicios, Antonio, no tienes remedio. ¿No te bastó con la paliza que estuvieron a punto de darte los hermanos de aquella clasificadora, a los que tuvisteis que dar trabajo para que no te denunciaran por las cicatrices que le recorrían el cuerpo? ¿Cómo se puede querer follar con un serrucho en la mano?

—Mira, ya me estas tocando un poco los cataplines. Tú tienes tanto que callar como el que más, Vicente, cierra el pico o, mejor, vete ya a dormir a tu casa. Ya está bien por hoy.

—Acabáramos: Vicente Fowler, lo que faltaba — tomó aire Curro Dogerti, resituando su cuerpo bajo la guerrera—. El que habla: que colocó a la libélula de su hijo en un puesto que le tenían prometido a un

gran analista desde hacía años, que estafó a media ciudad con los hornos de autococción, que cobra porcentajes en metálico por cada contrato que se hace en su fábrica, que le vende información reservada a los del comité de empresa, que luego altera los planes para cachondearse de ellos, que tiene una red de queridas en media Europa,.. Y no sigo porque hay presente algún caballero.

—No, sigue, sigue. Sigamos. A ver, ¿quién propuso en la Asamblea de Grandes Empresarios la idea de ofrecer buenos puestos de trabajo a los hijos de los sindicalistas en las asociaciones que financiamos y amenazarlos con cortar el grifo de las subvenciones cada vez que se pusieran problemáticos?

Balanceaba un poco el cuerpo al hablar. Le costaba mantener el equilibrio con un calzado tan liviano, con las arterias de las sienas retumbando al ritmo de la megafonía que pregonaba las salchicherías ambulantes, con las ideas saltando las trincheras, desbandadas.

—No pienso entrar en este juego, Vicente. No sé a qué viene ahora. Estás bebido, por eso te lo voy a dejar pasar. Mira, hasta barro tienes en la falda esa con la que te travistes.

—El que fue a hablar —añadía su compañero, sacudiendo los dedos de una mano—. Pero, hombre, ¿ya no te acuerdas de cuando comprábamos las deu-

das hipotecarias de los ecologistas, para apretarles las tuercas al máximo, por la vía de apremio, en cuanto dejaban de pagar una mensualidad? Don Digno, vamos, ¿quién introdujo la cláusula de supervisión de contenidos en los contratos publicitarios anuales con los medios informativos? Y de niñas no me hables, Vicente. En la Conferencia de Marrakech no se te vio pedirles el carnet de identidad a las niñas que nos mandaban a las habitaciones todas las noches, para que nos bañaran con leche de burra. ¿Ya no te acuerdas de Rabea?, ¿No recuerdas que estuviste a punto de traértela con contrato de traductora, y tenía sólo quince años?

Rabea. Cómo pasaba el tiempo. ¿Cuánto podía hacer de aquello? ¿Tres años, tres meses? Qué más daba. El concurso de disfraces tocaba a su fin. Prendían una banda con los colores autonómicos al pecho de un anciano vestido de guerrero polisario en la frontera de Argelia. La cuota social, por supuesto. La multitud se disgregaba por la Plaza, rumbo a las chocolaterías del parque, a las panaderías más antiguas, que solían vender a bajo precio tazas de pacharán y bollitos de crema calientes durante las noches de farra invernal. La orquesta retomó su estruendo con los primeros compases de un merengue arrumbado: ojalá que llueva café en el campo. Vicente se

quitó la máscara. Bajaba los escalones para seguir su peregrinaje.

—El lunes nos vemos. Que disfrutéis.

—Sí, el lunes nos vemos —dijo Francisco Pérez O'Doherty—. Y espero tus disculpas a primera hora.

—No se lo tengas en cuenta —conciliaba Antoñito Ortega—, una mala noche la tiene cualquiera. Vicente es un gran tipo, el mejor profesional en lo suyo. Vamos al coche, te invito a un tiritito.

La muchedumbre desafinaba al intentar reproducir los estribillos de las comparsas con gesto de mucho sentimiento, carecía de gracia imitando los movimientos amanerados y altaneros de antiguos estereotipos televisivos. Había un carrusel de disfraces que bajaba las cuestas mal empedradas hacia las tabernas cochambrosas que rodeaban la plaza de abastos, frente a lo que fue la lonja pesquera. Como en un anuncio de detergentes alemanes algunos grupos llevaban el mismo disfraz de arlequín, el mismo uniforme de oficial de aviación, con distintos tonos que los desmentían, el antes y el después de un lavado comparativamente peor. Como en una película con mensaje los altos bloques de balcón corrido y las gaviotas acechaban las ruinas de los edificios de dos plantas con rejería naturalista, las palomas tueras que excretaban en sus fachadas. Alrededor del

mercado —una construcción circular con cúpula de hormigón de una sola pieza, que hacía setenta años había obtenido premios internacionales por su riesgo técnico y ahora veía desmoronarse la cristalería del lucernario que la coronaba— se acodaban en los muros hollinosos las flores del hampa, una turba mal nutrida de falsos descargadores de camiones y damas de noche con ojeras. Algunos habían intentado disfrazarse también, y añadían a su atuendo pardo un sombrero de mariachi o un cuchillo de atrezzo que les atravesaba las gargantas roncadas. El gentío solía invadir esas calles las noches de fiesta señalada. Pedían a gritos copas de sol y sombra y puritos manidos en los bares que habitualmente daban cobijo a los transportistas de espera, a las madres desesperadas. Por las callejuelas oscuras llegaban grupos estruendosos de caja y guitarra, asustando a los emigrantes que esperaban la furgoneta que los trasladase a los campos de nívar, a los travestis que esperaban un mecenas que financiase los servicios de un cirujano con título de opereta cuyo nombre se iba desdibujando en una tarjeta que guardaban con celo junto a los envoltorios de preservativos afrutados, en el fondo de bolsos serpentinos.

Vicente Carrillo Fowler penetró la maraña de callejones que rodeaba el lugar donde al principio de su carrera ejerció como asesor de seguros. Siempre

se acababa perdiendo por esos siete tubos que salían de la misma acera quebrada y conducían a ninguna parte. Nada parecía haber cambiado en los últimos lustros. Un cartel encolado a una ventana clausurada con ladrillos vistos anunciaba la celebración de una corrida de toros en la plaza antigua. Hacía años que el coso había sido demolido y, que él supiera, al menos dos de los diestros habían muerto ya. En un recodo todavía peor iluminado una muchacha con el pelo corto y desordenado lo llamó:

—Eh, tú, ¿buscas algo?

—¿Algo como qué? —respondió Vicente, el control a estas alturas totalmente perdido—. ¿Qué propones tú?

—¿Qué propones...? —ella lo calibraba, el hombre que había debajo de aquél uniforme de camarera: ni media hostia le aguantaría, no había peligro— Veinte euros y te la mamó a muerte. Aquí en el rincón o donde tú quieras.

—Hecho —contestó él. Sacaba un billete del mononcito que había introducido en un monedero, en el bolsillo interior de la falda. Ella hubiera sido guapa con una melena a mechas y un vestido ceñido, no con el pelo muy corto a trasquilones y la ropa vaquera demasiado grande que la deslucía.

Le entregó los euros. Ella los guardó en el bolsillo trasero. Se acuclilló frente a él, que apoyaba la espal-

da en una pared. Dejó que le levantara la falda y le bajase las bragas salmón hasta las rodillas. Ella no dijo nada de su atuendo. Él pensó por un instante: la polla debe olerme a coño, pobrecita. E inmediatamente: ni piedad ni tacos, yo soy un señor en cualquier circunstancia. El caliche se desmoronaba, dejando una capa mate sobre su blusa negra, mientras la muchacha entregaba la desgana de su cuello para intentar obtener una respuesta que la justificase.

—Cebolla, ¿te vas a empalmar o no? —le preguntó. Sus ojos, de un verde apagado, allí abajo, negaban el tizne y las marcas de viruela que le recorrían las mejillas.

—Vamos a ver qué pasa —dijo él, que no tenía dos orgasmos en una noche desde la Convención de Marrakesh.

—Tú no habrás estado bebiendo mucho, ¿no, cebolla? Yo con borrachos no trabajo.

—Bueno... —contestó él, pues toda prueba estaba en manos de la acusación.

—Se acabó —dijo ella—. Los tíos se hartan de ginebra y luego se creen que la que no tiene ganas es una. Vete a dormir, cebolla, que aquí estamos perdiendo el tiempo. —Se puso en pié y se iba a marchar. Se volvió antes para hablarle:— Venga, carajo-te, vístete que nos vamos.

Don Vicente Carrillo Fowler guardó en su funda el arma de fogueo. Bajó la falda, la alisó con la mano. Apartó la cal de su espalda. Recompuso el vuelo de la cintura. Siguió a la muchacha.

— Mis euros. Devuélvemelos y quedamos en paz.

— De eso nada. Aquí el que no arma es culpa suya. Yo hago lo que puedo. El que quiera milagros, que vaya a la ermita.

— De mí no te cachondeas tú — Vicente fue a coger el billete del bolsillo donde había visto que lo guardaba. Ella se resistía. Pudo meter la mano, para comprobar que no estaba allí—. A mí me das mi dinero — Intentó registrar todos los bolsillos, del pantalón y de la cazadora. Ella le arañó la cara.

— Como me vuelvas a tocar, llamo a mi novio y te da una paliza que te parte las piernas. Mira, allí está — señalando un coche que al fondo, junto a la vía del tren en desuso, había encendido las luces. —

Vicente cogió un folleto publicitario que habían esparcido en el suelo y con él se palpó la cara arañada. Sobre un surtido de bollería quedó un hilillo de sangre, casi nada.

— Bueno, pues de aquí no me voy hasta que me des mi dinero, tú verás. A mí nadie me quita mi dinero, eso está claro. Nadie me ha regalado nada, ni yo le regalo nada a nadie, esa es mi ley.

—Mira, cebolla, te vas a tener que ir. —Ella lo empezaba a tratar como a un niño empecinado porque tiene sueño—. Contigo aquí no va a haber quien se acerque, ¿lo comprendes? ¿Eh, tú, lo comprendes? Si no gano dinero mi novio se mosquea. Yo tengo que hacer caja, si no estamos perdidos. Vamos a hacer una cosa: tú te vienes mañana por aquí, te vienes fresquito, y yo te pago lo que te debo, pero en condiciones. Yo siempre me pongo por aquí, en este sitio. ¿Vale? —Vicente la miraba con una sonrisa de prepotencia de la que su atuendo y su circunstancia no eran dignos.

—¿Con quién te crees que estás hablando, niña? Tú no sabes quién soy yo. En una negociación soy implacable. Como no hagas una oferta mejor, de la mesa no nos levantamos. Aprendí la paciencia de los japoneses. Es un interlocutor más, a veces el que más tiene que decir.

—Mira —le cortó ella—: no aguanto más tu cuelgue. Aquí estamos perdiendo el tiempo. Yo me voy ahora. Me tengo que meter mi dosis, que si no dentro de un rato me empiezan los calambres.

—Yo me voy contigo donde tú vayas, hasta que me des mi dinero.

—Pues tú verás —se resignó ella.

Anduvieron pocos minutos. Ella, que decía llamarse Rosa, hizo un gesto a su chulo para que estuviese tranquilo. Por las aceras le iba explicando cómo se fue metiendo, lo malo que era el camino que había emprendido, su resignación a ir recorriéndolo, siguiendo todos los pasos prefigurados hasta la tumba. Él le preguntaba por los efectos estimulantes del consumo, ella le contestaba los efectos físico—sociales. Él preguntaba el tiempo que duraba la acción de una dosis, ella contestaba el precio de una plaza en una granja de desintoxicación. La comunicación, a veces, se hace imposible.

Se metieron en una cabina de fotomatón. La antigua estación de trenes, a cuya puerta tililaba, permanecía cerrada y con todas las luces apagadas. Sus finas columnas y su voladizo de acero modernista figuraban así la cubierta de un navío que bordease de noche cerrada las costas minadas de una potencia rival. Puesto que no cabían los dos, Vicente giró el banquito hasta el nivel más bajo, lo ocupó e hizo sentar a Rosa sobre sus rodillas. En el espejo de enfrente veía el rostro demacrado de un hombre con arañazos en la mejilla izquierda, una cofia ladeada y media sonrisa. Indudablemente, aquél que lo miraba no era él. Rosa le pidió que sostuviese en la mano un trozo de papel de plata, medio tubo de la carcasa de un bolígrafo y un mechero, mientras ella desen-

rollaba un trozo de plástico con una pizca de polvo marrón.

—Yo voy a probar también —dijo Vicente.

—De eso nada, que esto engancha muy rápido, mírame a mí. —Ella empezaba ya a aplicar la llama bajo el papel de aluminio y a aspirar con el tubito el humo que la heroína desprendía.

—Yo no me engancho, tengo autocontrol.

—Eso es lo que yo decía. Eso es lo que dice al principio todo el mundo.

—Pero yo no soy todo el mundo —se revolvió, el aluminio empezaba a tomar un tono ocre y cada vez quedaba menos sustancia—. Mi voluntad es mi escudo, mi vehículo y mi misil. Me invitas a un par de inhalaciones y estamos en paz en cuanto a la cantidad que me debes, ¿qué te parece el trato?

—Vale. Tú mismo —dijo ella, entregándole el instrumental.

Al principio fue como un puñetazo indoloro recibido desde el mismo centro del cerebro, que se hubiese dividido para golpear en todas partes a la vez con la misma fuerza. Luego sintió paz y la vio hermosa. Comprendió todo lo que los prejuicios le habían ocultado, fue capaz de crear ramificaciones luminotécnicas, bandas sonoras con centenares de instrumentos cuyo sonido se superponía sin entor-

pecerse, en un instante. Vio que, en el espejo, la cara de los dos era de alegría sin matices. Creyó haber escuchado que ella le decía: “Notas el globo. Es eso: un globo. Las primeras veces son las mejores”. Sacó el monedero de la falda. Introdujo cuatro euros en la ranura. La máquina estaba averiada. No hubo fogonazo, pero sí el crujido de una pestaña metálica que atraviesa el pellejo de un pandero. Ella lo besó en el cuello, en los párpados, en las aletas de la nariz, calmosamente en los labios.

—Cebolla, cómo te gusta... —le baboseaba la lengua y las orejas, le refregaba la mugre de sus manos en la calva incipiente que la cofia y algunos pelos estratégicamente esparcidos habían intentado ocultar.

Una niña lujosamente peinada y con un reflejo de ascendencia gitana en la mirada se paró frente al Ritmo, mientras sus compañeras seguían a las profesoras hacia el autobús. Tiró un beso a Vicente, que devolvió el saludo con la mano. En ese momento recordó una tarde ventosa en que vino a este mismo sitio para comprar un uniforme de camarera de piso de su talla. Habían pasado algunos años, pero permanecía nítida en su memoria, cercana como se podían ver algunas mañanas las montañas del Atlas, cuando las partículas salinas del viento de poniente componían una especie de lente global de aumento.

Siguió conduciendo. Encendió la radio, anclada en una emisora de noticias desde hacía lustros, desde que se extravió la rueda que permitía recorrer el dial. Salió a la autovía de circunvalación, alejándose por el

este. Grandes atentados suicidas habían manchado de leucocitos y plaquetas las estaciones de metro — diseños impactantes — de algunas capitales centroeuropeas. Las autoridades prometían justicia. Los familiares de las víctimas y algunos manifestantes espontáneos exigían venganza. Tomó un desvío, por un carril de servicios. Junto a unas naves industriales del extrarradio, en las que habían establecido casi todos los concesionarios de automóviles asiáticos, un paso elevado permitía el cambio de sentido o enfilarse un par de carreteras comarcales que casi nadie utilizaba ya. Vicente lo hizo. Entró, después de dejar atrás una zona de chatarrerías ilegales y picaderos espontáneos, en una calzada sin arcén que hacía aproximadamente el mismo recorrido que la circunvalación, sorteando las faldas de las montañas una veintena de metros por encima de ella. Cuando los embotellamientos bloqueaban otras vías, los habitantes más antiguos de la zona la aprovechaban para ahorrar minutos de angustia. Nadie sabía dónde podía haberse escondido una anciana con problemas de memoria y control de vísceras. Había salido esa madrugada de la casa que compartía con su hija y sus nietos, con el camisón manchado de lamparones amarillentos, diciendo que debía dar de comer a unas gallinas imaginarias. Su hija pedía en la emisora local, a quien la pudiese encontrar, que la tratara con

el máximo respeto. A pesar de que había perdido la memoria, incluso la razón, mantenía el orgullo intacto.

A la derecha quedó la penitenciaría de alta seguridad. ¿Cuántas veces había temido tener que pasar años contemplando la pared interior de ese muro? Vio, o creyó ver cómo, en una de las cuatro torres de vigilancia que coronaban sus esquinas, un rostro de hombre tapado con amplias gafas de sol, de aviador, seguía la trayectoria que recorría su Ritmo hasta que entraba en una rotondita: también allí. Enlazaba con la arteria que subía al lugar donde habían inaugurado el nuevo cementerio, en el que nunca reposarían sus huesos. Del otro lado bajaba un carril, proveniente de la explanada desde la que unos niños, con ayuda de sus abuelos, hacían volar réplicas de aviones, ruidosas y de colores llamativos. Al frente, siguiendo una línea recta que la carretera pronto evitaría con un serpentín de curvas, se podía llegar a la garganta donde nacía el río del que bebió la ciudad. Años antes, los eruditos locales se habían hecho eco del hallazgo de unas tumbas excavadas en la misma roca que la caída del arroyo estaba ahuecando. Corrieron a datarlas en la época prerromana, a buscarles parentescos internacionales con otras covachas similares de Siria, de Cartago. Un investigador portugués deshizo el espejismo: en la parte interior de

las lápidas que las ocultaban, prácticamente ilegibles bajo las capas de líquen que las habían habitado, constaban las fechas de las muertes y los apodos de los difuntos: los últimos guerrilleros del siglo anterior, muertos por las cornadas del ganado salvaje que habitaba las laderas, enterrados por algunos de sus compañeros que pudieron huir con vida de esos desfiladeros umbríos. Vicente Carrillo Fowler conocía bien esas historias. Formaba parte del patronato de la fundación que financiaba todas esas actividades con las que las mentes más preclaras de la zona distraían sus tardes. El mismo que evitó el escándalo publicando en el número especial de una revista las conclusiones correosas de los expertos, minadas de un ejército de erratas que dificultaban su lectura.

Cuarenta y tres días de vacaciones al año, como media, disfrutaban los trabajadores del país. La jornada había descendido doce minutos a la semana, en cómputo anual. Lo que la legislación no se atrevía a posibilitar lo estaban arrancando los representantes sindicales, negociando duro cada convenio de empresa. Pontificaba un sindicalista venido a más, que ahora ocupaba un cargo bien pagado en un denominado observatorio del mercado laboral. Entre la espesura del bosque de alcornoques había crecido una mancha de casas de una planta, sin regla ni orden que las enfilase. Coronaban sus tejas veletas orna-

mentales, la mayoría fabricadas en el taller de un chapista ciego, que lo mismo servía para reparar el golpe de una carrocería que para ocultar dobles fondos en el maletero de una monovolumen. Vicente tomó una calle a la izquierda, tan estrecha que si venía otro conductor en sentido contrario y había coches aparcados, los dos se veían obligados a maniobrar con caras de pocos amigos. La calle corría durante un kilómetro al borde de la vía férrea. En un punto marcado por una señal de aspas la atravesaba con sigilo. Cuando era un niño, este era el límite final de todas las correrías. De hecho, nunca se atrevían a acercarse, pues en todas las épocas imperan modas de suicidio y, entonces, tirarse al tren era el equivalente a lo que en otro tiempo supondría la ingestión masiva de barbitúricos. Sin fronteras, sin una señal que lo anunciase, fue entrando en una barriada de esas que la misma emisora que oía llamaba populosas. —El Imperio había anunciado nuevos impedimentos a las importaciones de mercancías producidas en una isla del caribe. Su dictador se defendería hablando a la masa humana durante horas. Los niños blandirían con desgana banderitas descoloridas de la nación—.

Torció varias esquinas. Tuvo que maniobrar a veces para no dejar con su guardabarros herrumbroso marcas en los utilitarios de serie deconstruidos y

vueltos a construir con alerones biplanos, con lunas serigrafiadas, con media docena de luces de frenos, con faldones retráctiles y antenas niqueladas. Pasó cerca de la calle donde transcurrió su niñez. Vicente Carrillo Fowler venció a su designio gracias a unas anteojeras emotivas que le permitieron fijarse metas y perseguirlas sin distraer su atención con reclamos tangenciales. Así, también, evitó que una lágrima, como una burbuja que explota antes de que el prestidigitador la capture, rompiera la membrana que la contenía. Sin aminorar la marcha, apagó la radio del Ritmo, giró la manivela del cristal de su puerta, extrajo la documentación de la guantera y la ocultó bajo la alfombra del asiento del acompañante. Aparcó en un callejón que formaba la separación entre dos casas de fachadas sin enlucir. En lugar de asfalto, el suelo se había aplanado a base de pegotones de cemento y hormigón de distintos tonos de gris, distintas texturas. Diferentes huellas de zapatos, apodosos ofensivos y fechas habían marcado el territorio, el metro cuadrado de cada una de las épocas que acreditaban. Al fondo, unas vallas metálicas de construcción sustraídas en obras públicas habían sido soldadas para componer portones enrejados. Vedaban el paso al collage de una huerta, donde tomates, lechugas y repollos bailaban la conga al son que marcaba un espantapájaros: una señal de prohibido

el paso clavada en un neumático de tractor. Bolsas de hipermercado cubrían los brazos hechos con el palo de una escoba, un peto reflectante daba empaque a la figura.

Salió del callejón para entrar en una de las dos casas. Antes de hacerlo, miró despacio al fondo de la pendiente sobre la que la calle se asentaba. En el lateral de un camión de mudanzas abandonado en una parcela de matojos algún vecino irónico había pintado una proclama,

AQUÍ
RÍO ANCHO

refiriéndose a un brazo del arroyo que apaciguaba su corriente en esa curva, antes de que las autoridades hubieran clausurado su cauce para evitar la condena veraniega de mosquitos y hedor.

Una puerta estrecha y metálica, entornada, permitió que entrase en una de las viviendas de construcción inconclusa. Daba directamente a la habitación del televisor. Dos sofás de tres plazas ubicados en ángulo permitían, desde cualquiera de los asientos, ver en su totalidad la pantalla gigantesca que ocupaba casi todo el testero de enfrente. Una niña de diez años dormía abrazada a su cojín de seda, con pavos reales bordados sobre un fondo negro, mien-

tras una estrella de las regatas en declive aconsejaba ante un fondo de velas publicitarias hinchadas por ráfagas artificiales de viento que los chavales cepillasen al menos tres veces al día sus embrionarias dentaduras. No la despertó. Inspeccionó el interior de una habitación que, a la derecha, exhibía una colcha de hilo acartonado sobre una cama de cuerpo y medio. Allí, como en el resto de la casa, las paredes tenían un tono verde césped artificial hasta un metro del suelo y, por encima de una cenefa seriada, eran del verde de una camiseta de promoción lavada varias veces en agua tibia. Se oía el rumor de unas carcajadas desbocadas al fondo, tras un pasillo clausurado por arcos de medio punto, hechos de una escayola irregular y veteada. A derecha e izquierda había pequeñas habitaciones sin ventilación, sin luz, apenas la superficie necesaria para que cupiesen camas de noventa centímetros y roperos de dos puertas decorados con calcomanías de héroes japoneses volando en posición simiesca para dar el golpe definitivo al rival. La cocina conservaba una solería de barro rojizo y mate a la que habían añadido el brillo excesivo de varias capas superpuestas de barniz. En el fregadero se acumulaban los platos grasientos. Sobre el poyo de una ventana un cuenco con leche y trozos de pan era lamido por una gata preñada, del

color grisáceo y las listas atigradas de las que heredaron una saga inmemorial de cruces ilegítimos.

Vicente Carrillo Fowler permaneció, apoyado junto a la gata, en silencio y mirando que una mujer, una jovencita y un niño de parvulario se quitaban la ropa entre juegos y se introducían en una piscina de plástico, a la que habían adosado una estructura que convertía una manguera y su alcachofa en una ducha de majestuoso chorro, de la que se servían los tres a la vez para empaparse y darse lustre. El niño jugaba a zigzaguear entre las piernas de las mujeres, mientras ellas le enjabonaban la cabeza, o se enjabonaban mutuamente la superficie de la espalda a la que les costaba más trabajo llegar, las zonas de unión profunda entre los glúteos, las ingles y los muslos, el pliegue que, tras la rodilla, arracima las arterias, los tendones y las canalizaciones nerviosas.

La cocina emitía un silencio de horno que hace crecer lentamente las burbujas almohadilladas de un bizcocho. La respiración acelerada de Vicente, el rítmico pedaleo de la lengua de gata —áspera como la mía, pensó— sobre la superficie del plato de arcopal, el rumor televisivo y el rumor de los ciclomotores con escape libre al otro lado de la fachada eran anulados por las risas infantiles, las quejas por una gota de champú que rozaba el blanco de un ojo, el eco de un pozo, los gemidos de ánimo de alguna de las mu-

jeres cuando una esponja rozaba una zona especialmente placentera y no quería que la mano dejase de eliminar capas de detrito epidérmico hasta que la carne viva no emitiese una señal de alarma, al borde del desangrado. Cualquiera hubiera podido abrir la puerta de la calle, encajada a favor de una capa de pintura excesivamente gruesa; cualquiera habría podido pararse frente a la niña que dormía abrazada a su cojín, inspeccionar las habitaciones crecidas a golpe de inyecciones económicas, con escaloncitos que separaban sus distintos ensolados, asomarse a la ventana donde la gata abrevaba y contemplar, como bucólico grabado, los brazos de una familia dibujando olas en torno a torsos y cabezas y pubis y pechos dorados. Pero hubiera sido imposible hacerlo en silencio: un desconocido hubiera despertado a su paso a la niña que dormía, habría provocado la ira o la huida del felino, el pudor de las mujeres, la quiebra de las risas.

Vicente no. Cuando se apercibieron de su presencia, aunque sólo les separaban diez metros de distancia y la sombra de una higuera, le saludaron agitando las manos y chapoteando con los pies en el agua encharcada, de alegría.

—Hola, estás ahí, no te habíamos visto —gritó la mujer—. Estábamos bañándonos, para recibirte como te mereces.

—Hola, Aalicia. Hola, Aalicia Aandrea. Hola, Aalexis —saludó él, remarcando la inicial de sus nombres con el tono burlón habitual—. He abierto la puerta y he visto a Aassumpta dormida. Deberíais cerrar la puerta con llave. Un día los chicos del barrio se van a meter hasta el patio y van a cobrar entradas para veros así, tan bonitos y tan limpios.

—Anda ya —le contestaba Alicia, mientras repararía las toallas que había colgado previamente de la rama de un limonero—, ¿quién va a entrar en una casa con la pinta que tiene esta?, ¿quién va a pensar que viven aquí unos niños tan guapos como los nuestros?

—Verdad, papi —añadió Alexis—. Cuando invito a los niños a jugar en el patio no quieren entrar porque piensan que el espantapájaros Aaaanacleto va a saltar el muro y los va a secuestrar. Es que como están secuestrando tantos niños ahora, no se fían, ¿verdad?

Poco después Vicente, sentado en uno de los sofás, con el mando a distancia iba alternando las imágenes de una coral interracial que entonaba cánticos populares de Ghana y de la Axarquía, trozos de carne humana que eran desprendidos con pinzas metálicas de un anuncio luminoso de tabaco sin tabaco en un apeadero de ferrocarril y los rostros de Javier

Bello, el presentador local, y el presidente de la asociación comercial, la entrevista que repetirían incansablemente hasta que otra similar la sustituyese. Alicia le estaba explicando, desde la habitación contigua donde se vestía, los próximos proyectos de ampliación y mejora de la casa, que continuarían con la conversión del excusado del fondo del patio en un auténtico cuarto de baño de azulejos hasta el techo, con una bañera de grandes dimensiones en el centro, para poder seguir practicando las abluciones colectivas que tanto les hacían disfrutar a los niños.

Vicente Carrillo Fowler asentía echando mano mental a la cartera. Abortó el sonido de la televisión, pulsando una tecla de color ámbar. Charló un rato con la muchachita de ojos dormilones que se despe rezaba en el otro sofá sin dejar de agarrar con fuerza el cojín de pavos reales y pagodas. La niña le detalló las actividades que había emprendido en el colegio cuyas facturas él abonaba anónimamente y luego le preguntó a degüello si hoy no les había traído ningún regalo.

—Tienes que darte cuenta, Aaaasumpta, de que los regalos son algo excepcional —le explicaba Vicente— y que normalmente se hacen en fechas señaladas, o por un estado superior de alegría. Si todos los días que vengo a veros os traigo regalos, entonces ya no lo serían. Sería más bien un trabajo de abasteci-

miento, ¿comprendes? Y ni siquiera me lo agradeceríais, porque no os causarían sorpresa.

La niña, sabiendo lo que esas palabras significaban, dejó el cojín en el suelo y se abalanzó sobre el cuello de don Vicente Carrillo Fowler. Empezó, sin darle tiempo a defenderse como solía fingir con un movimiento de los hombros, a recorrer su cuello con besitos apenas esbozados que le hacían estremecerse de escalofríos, la zona de la nuca donde le nacía una pelusa ensortijada, el envés de las orejas, donde los ganglios secretan humores calladamente.

—Ya lo sé —decía ella—. Tú lo que quieres es que yo te diga lo que me tienes que comprar para mi cumpleaños. Que te lo pida con cariño y te demuestre lo mucho que te quiero. Ya lo sé —y se ponía a cabalgarlo, como si fuera un pony sin montura y ella una amazona, le besaba profundamente la parte de la nuez, donde los afeitados apresurados siempre dejaban algún pelo que raspaba—, lo que te gusta a ti: hacerte rogar para después venir con mucho paquetes y que hayan fiestas.

Vicente hacía el falso intento de apartarla con una mano muy blanda. Mientras, con la otra, hacía un recorrido que comenzaba en el talón y ascendía lentamente —reventando si hacía falta botones y cremalleras— el músculo gemelo, los muslos, el trasero donde se percibía el vaivén vigoroso de la

amazona, el área lumbar, las costillas que dibujaban el tórax y entre cuyas hendiduras disfrutaba demostrándose, la aureolada promesa de los futuros pechitos. Volvió a bajar, mientras la niña seguía sacudiéndose sobre él, dándole bocaditos en el mentón que él simulaba no disfrutar. Sus dedos se enterraron lentamente bajo unas bragas de algodón. Otros dedos los atraparon.

—Eh, a la niña no. —Susurraba a su oído Alicia Andrea, que atrajo amablemente la mano de Vicente hacia sus propias ingles mientras le besaba la cara, muy cerca de la comisura de los labios. Bajo el pantalón corto de un pijama excesivamente holgado, no había más ropa. La piel había sido depilada apenas unos segundos antes: una suavidad sedosa, la grasa de una loción, hacía resbaladizo y exquisito el roce de las yemas sobre los labios de la vulva, sobre el pliegue donde terminaba el pubis y adivinaban el nacimiento de un mechón de diseño.— Yo también quiero tus regalitos. Llega el verano y necesito mucha ropa: para ir a la playa y para ir a los chiringuitos por la noche. A cada sitio hay que ir con la ropa adecuada, eso es lo que tú nos dices siempre.

Mientras las dos muchachas lo aplastaban entre arrumacos, pudo sacar la cabeza a flote un momento para ver que en la pantalla sin voz el rostro de Don Francisco Pérez O'Doherty, Curro Dogerti para los

conocidos, director del Consorcio Pancontinental de Transportes leía un comunicado apoyado en un atril, ante un fondo de pesadas cortinas y banderas elegantemente onduladas. Un rótulo sobrepreso y equivocado apareció bajo su corbata:

Pérea Doherty: Informe Anual
 PLATAFORMA BATE PROPIO RÉCORD

Intentó estirar un brazo hasta la mesilla en la que había dejado el mando. Las ansias con que las amazonas lo cabalgaban —las propias ansias de sus manos, que no daban abasto ante tal banquete— se lo impidieron. Otros labios lo habían abordado desde atrás. Besaban sus párpados y recorrían, dejando un rastro de humedad y carmín, los pliegues pecosos de su calva, mientras más manos ensortijadas le masajearon los hombros, el cuello, las mejillas sonrosadas. Alicia se perfumaba con la fragancia, *Monroy*, que él le hacía llegar periódicamente. (La misma que usaba Begoña en los primeros años de vida conyugal, cuando lo esperaba despierta y abierta hasta la hora que fuese). Cualquier rincón de la casa donde una pizca de su intimidad hubiera sido desparramada olía así. Y era lo que lo euforizaba: la certeza de que podía cambiar el aroma de esa intimidad cuando quisiese, con sólo pulsar otro icono en la cesta de la

compra de la perfumería por internet donde lo encargaba. Aspiró fuerte para desbloquear la respiración entrecortada:

—¿Y Aaalexis? ¿Él no me quiere?

—Deja al niño en paz, por favor. Él es muy pequeño todavía. —Contestó Alicia y, ante el gesto de enfado que inundó su cara, añadió:— No te preocupes, hombre. Tendrás tiempo de abrazarlo y de cansarte de abrazarlo. Ocúpate de momento de nosotras tres, mira cómo te queremos... —Y lanzándose de cabeza desde el respaldo, empezó a recorrerle el estómago con bocados, mientras un brazo se introducía bajo el pantalón de loneta y las niñas le iban quitando el polo de marca, sin dejar de besuquearlo.

—Eres guapo. Eres guapo de verdad —le seguía diciendo al oído una de ellas.

Minutos después, Vicente Carrillo Fowler anudaba los cordones de sus zapatos náuticos, Assumpta peinaba con fuerza los mechones grisáceos que tendían a cubrirle las orejas, Alicia Andrea le traía el boletín con las calificaciones del bachillerato para que comprobase la base del derecho a nuevo vestuario que reclamaba. Alexis recorría con las ruedas desproporcionadas de un tractor los muebles y las paredes, realizando de vez en cuando pasadas sobre los bajos de sus pantalones, que dejaban fastidiosas

marcas. Alicia permanecía junto a él, agarrada a su brazo velludo, contándole nimiedades de su vida cotidiana, como una letanía de prozac que lo mantenía a salvo de la tristeza desde hacía un par de años.

—... Van por la mañana a un curso de secretariado y dicen que se lo pasan muy bien. El monitor es joven, un muchacho enrollado que las deja ir de compras o arreglar papeleos en el banco después de desayunar —le decía, al tiempo que él miraba con cara de asombro un abanico descomunal que esa última semana habían colgado en el rincón, sobre la pantalla—. Pasan la mañana divirtiéndose y aprendiendo. Y se hacen buenas amistades entre ellas. Yo me voy a apuntar en cuanto pase el verano, a ver si aprendo internet y me coloco en una oficina. ¿No crees?

—Claro que sí —le contestaba él, quitándose de encima el asunto de cualquier modo—. Nunca es tarde si la dicha es buena.

Aunque Vicente Carrillo Fowler tenía claramente fijados los límites de aquellos sainetes no siempre conseguía mantener el tono de liviandad justo en las conversaciones. A veces había discusiones entre las muchachas que alteraban la tarde, o alguno de los juegos que él prefería les hacía daño, o dejaba marcas en algún trozo de piel del todo inconvenientes. Cuatro o cinco veces, infringiendo la primera de las normas que regía aquella relación (aquella no—relación), Alicia recibió visitas a la misma hora que él había elegido para hacerse cuerpo presente, lo que le obligó a ocultarse en un cuarto trastero que concluía la parte arenosa del patio. Permanecía allí el tiempo necesario, para no dejarse ver, encerrado con los niños entre cubos de plástico quebrados, una maraña de trampas para cazar gorriones y el instru-

mental de jardinería con el que las niñas iban haciendo de aquel erial un jardín acumulativo. Cuando se cansaba de tocar carnes nuevas y sin fisuras — porque todo cansa, a todo se acostumbra uno y la costumbre lleva al hastío— saltaba por un ventanuco al huerto colindante y luego, sin saludar siquiera al espantapájaros que lo tenía enflechado, abría la cancela de vallas hurtadas y se metía nerviosamente en su vehículo, donde nada ya podía temer. (Porque hay lugares que simulan cuevas primigenias, hábitáculos uterinos, y uno no los elige. Y hay sitios a cubierto de la tormenta donde es imposible sentirse a salvo: una ráfaga de aire indefinido y variable los recorre).

Antes de salir, Alicia lo retuvo en su propia habitación. Olía a *Monroy*, pero también a la humedad que había hinchado la pintura verde de una pared. Desde arriba, se podía ver que el elástico de las bragas marcaba en las nalgas ondulaciones de piel de naranja, por primera vez. Vicente valoró la oportunidad de hacerle llegar también una crema anticelulítica.

—La madre de los pequeños está peor. Me ha llamado esta semana —decía, y para subrayar la frase hacía girar en su mano un teléfono móvil con una carátula de *Grease*, la película—. Ha tenido una recaída y parece que en el centro donde la tenemos no

ven posible que siga. Le han buscado otro alternativo, donde no conoce a nadie.

—Y el problema será... —dijo él, dándose palmadas en el bolsillo del pantalón.

—Esta otra granja tiene más servicios, pero hay que pagar dos meses de anticipo. Tienen reservada una plaza para ella, sólo durante una semana. En el Pirineo —añadía, dando con una mirada de párpados arrugados toda la fuerza a ese último argumento.

—Vale. Haz lo siguiente: Entérate de la cantidad exacta y el número de cuenta. —Adoptaba ya el tono de quien era la mayor parte del día—. Me los mandas por un mensaje de móvil, sin ninguna otra referencia. Yo me encargo de todo.

—Nosotras te lo agradeceremos —le sonreía, apretándole con una mano el trasero escurrido.

—Desde luego —atajó él.

Salió, con la mente invadida por la cantinela que a veces le asaltaba cuando cruzaba las calles de aquel barrio: *Volver, con la mente marchita...* Era ridículo sentirse así: como un emigrante indiano que hubiera vuelto al lugar de origen después de veinte años de lucha acumulativa contra un mundo tribal y selvático, plagado de oportunidades de enriquecimiento, pero vacío de contenido emocional. Él, en cambio, residía a menos de cinco kilómetros de allí. Recorría algunas de aquellas calles mal trazadas (mal asfalta-

das, mal saneadas, mal iluminadas, mal dotadas de mobiliario urbano) al menos tres veces por semana. Atendía indirectamente, a través de una plataforma de apoyo socioprogresivo financiada por las grandes empresas del polo industrial, las demandas más clamorosas de intervención pública. Y, sin embargo, como un pastiche de sentimientos concentrados, como una píldora de melancolía, de arrepentimiento, de piedad, de vez en cuando un nudo le retorció la garganta al acordarse del niño que nunca más sería, del niño inocente que, en realidad, nunca pudo ser.

A veces, en los primeros años de éxito profesional, de brillo público, fantaseó con la idea de encabezar movimientos ciudadanos que trabajasen para dignificar las condiciones de vida de los vecinos más humildes. En los ratos libres entre dos vistas públicas, en los juzgados de primera instancia, solía sacar la calculadora que llevaba siempre en un bolsillo del maletín de cuero corinto y, sentado en un banco de espera, calculaba el montante que podía suponer, a precio de costo, el derribo de las viviendas menos higiénicas y su sustitución por otras con techo a dos aguas y jardín. Leyó con interés la bibliografía que exponía experiencias de ese tipo llevadas a cabo en los suburbios de California, en los racimos de barracas que bordeaban las autopistas de las capitales

sudamericanas. Diseñó un plan para dotar la zona de bibliotecas, canchas de baloncesto y parques públicos —analizaba la legislación que permitiría reducir el precio de las inversiones con las ayudas que prometían administraciones territoriales y corporativas—, estableció las líneas de actuación necesarias para dotar de suelo municipal a cambio de un precio simbólico de cesión —el suelo que entonces se utilizaba como vertederos ilegales, como campamentos improvisados de un ejército de chutereros— a una red de cooperativas y sociedades de inserción que darían puestos de trabajo a las amas de casa aburridas, enseñarían un oficio a los jóvenes que el sistema educativo había arrumbado a base de Insuficientes y Muy Deficientes repartidos a voleo. En el solar donde un cine de verano exhibió con clamoroso éxito películas de vengadores karatekas, construirían guarderías que permitirían detectar tempranamente las anomalías de los impúberes, fomentarían el espíritu colaborativo, las destrezas físico—espaciales. Un centro de orientación y planificación sexual evitaría los embarazos no deseados, erradicaría la sífilis y las purgaciones; una rockoteca de mampostería permitiría que los jóvenes ahondasen en el furor que les hacía machacar las aceras con palos de escoba, cantar siguiendo el tono de guitarras mal afinadas, minadas de abolladuras y desconchones.

No buscaría el reconocimiento, ni siquiera la identificación. No querría premios ni medallas, renunciaría a todo honor. Le bastaría con manejar los hilos desde la sombra, sirviéndose de un vecino laborioso y de buena fe que lo representaría. Pasear de incógnito, como lo hacía ahora con el coche anticuado que Begoña se avergonzaba de seguir conservando, por las calles adecuadamente rotuladas y ver que los niños —ese niño que él nunca sería ya, que nunca pudo ser, que se iba desdibujando en su memoria, convertido en la estela de la sombra del perfil de un recuerdo, como el punto diminuto en que el planeta Tierra se convierte cuando nuestra nave despegamos y nos esforzamos por mantener la vista en él mientras nos alejamos, rumbo a otras galaxias— disfrutaban de las comodidades a las que tenían derecho, se enorgullecían de los espacios públicos, de las vías reservadas para bicicletas... Pura quimera.

El motor de arranque del Ritmo volvió a fallar. Lo empujó, haciendo uso de todas sus fuerzas, hacia la misma pendiente por la que había subido una hora antes. Cuando el coche empezó a tomar mayor velocidad, se subió de un brinco en el asiento del conductor —su espalda se resintió—, cerró la puerta, pisó el pedal del embrague, metió tercera, soltó el pedal y con un progresivo apretón del acelerador provocó convulsivas explosiones que culminaron en

un rugido ascendente. Antes de llegar a la rotonda del Río Ancho torció a la derecha, para buscar entre aquél laberinto una calle que enlazara con la vía de salida hacia la circunvalación.

Sin dejar de recorrer metros, puso segunda. Sin tocar el freno, como le gustaba hacer, pero sin acelerar apenas, mantuvo una velocidad constante a la vez que ponía en marcha la radio. Bajó el cristal de su ventanilla y de la opuesta haciendo girar las manivelas, en forzada postura introdujo el brazo bajo el asiento del acompañante para extraer la documentación del vehículo, que la alfombrilla de caucho parecía haber querido engullir. Cuando se pudo apercebir de la presencia de un niño jugando a hacer bailar trompos de madera sobre el asfalto resultaba imposible ya eludir el golpe. Lo único que pudo hacer fue girar el volante rápidamente a la vez que frenaba, para que el atropello no fuese frontal, sino un impacto contra el alerón de serie de su Ritmo.

Vicente Carrillo Fowler intentó mantener la calma y evaluar fríamente la situación a la que se enfrentaba. Un niño, de unos siete años, permanecía tirado junto a la acera. No lloraba ni gritaba. Tenía los ojos entrecerrados, pero hacía un leve movimiento con el cuello que permitía anticipar que recobraría la conciencia. Sangraba —no abundantemente, no con cuajarones ni formando charcos— por las pier-

nas y uno de sus brazos describía un ángulo imposible, el ángulo de un hueso roto. Si permanecía allí tendría que enfrentarse, probablemente, con una turba de familiares y vecinos deseosos de venganza y disputa, de agarrones en las solapas y cantidades compensatorias. Llegaría demasiado tarde a casa. Tendría que dar explicaciones a un policía local cazurro, henchido de autoridad ante los vecinos y rencores social ante su rostro visto alguna vez en los noticiarios autonómicos. El seguro del coche se haría cargo de la indemnización pero, a nombre de Begoña, cabía la posibilidad de que ella se enterase de lo sucedido. ¿Cómo explicar entonces sus correrías vespertinas con el Ritmo?, ¿cómo trazar un argumento coherente que albergase sin estridencia su presencia en esas calles, a trasmano de todo lo que una vida como la suya podía conllevar?

Decidió huir. Sigilosamente volvió a entrar en el coche. El motor no arrancó inmediatamente. Tuvo que pedalear sobre el acelerador, girar repetidas veces la llave de contacto. Unos vecinos salían de sus casas, advertidos por el ruido, y se alarmaban por el cuerpo de niño atropellado y sangrante. Al fin el Ritmo arrancó, pero tuvo que maniobrar para sacarlo de la posición oblicua en la que lo había detenido al intentar eludir el golpe. Cuando pudo cambiar a primera y acelerar para marcharse, dos hombre se

habían abalanzado sobre el capó y lo detenían con miradas agresivas, con puños amenazantes que impactaban sobre la chapa vetusta. Frenó en seco. Intentó hacerles admitir que estaba maniobrando para aparcar de modo que su Ritmo no entorpeciese la circulación —pero por aquellas calles apenas transitaban las motos de los pandilleros, la bicicleta del afilador de cuchillos—, que se disponía a atender al herido. Que se ofrecía para trasladarlo inmediatamente al hospital, para que lo curasen. Un grupo de vecinos, entre los que ya se encontrarían, sin duda, los familiares, la madre, las abuelas, rodeaba a la víctima. Podía ver por el espejo retrovisor que se acercaban masivamente, desplazando como luchadores de sumo sus bajas estaturas, enseñando las dentaduras melladas, los dedos de las manos abarrotados de una parafernalia joyera dispuesta a dejar recuerdos imborrables en su rostro. —Menos mal que el miedo le impedía prestar atención a los insultos que le dedicaban. Su honor de categoría extra no los hubiera podido tolerar.— Corrió a presionar los seguros de las puertas, para impedir que la docena de vecinos beligerantes pudieran extraerlo de la nave que lo protegía. Rápido, rápido, Vicente. Era una primera medida, de urgencia. Después, tendría que abordar la situación con un rostro que promoviese el diálogo, antes de que bastones o ladrillos rompiesen las

lunas, irrevocablemente. No le dieron tiempo. Dos hombres abrieron las puertas traseras. Un coche con dos puertas lo hubiera impedido, pero cuando compraron el Ritmo ya tenían en marcha el proyecto de familia numerosa. Intentaban sacarlo de allí tirando del flequillo trasero que rodeaba la calva predominante, del polo caqui cuyo precio, probablemente, superaría el de todo el vestuario que tapaba las carnes preteridas de aquel gentío indómito. Vicente gritaba, pedía clemencia. Nadie parecía escucharle.

—¡Aaaalto ahí! ¡Que nadie toque a ese hombre!

Las manos redujeron la presión. Manuel Correa, *Manolín*, vestido de calle, con un sombrero negro que ocultaba bajo su sombra las cicatrices de su cara, como el sacerdote de una secta caníbal, levantaba los brazos frente al coche.

—¡Es un asesino!

—¡Ha pillado al niño de Juan Alcalá y se quería quitar de en medio por la cara!

—¡Vamos a darle una paliza aquí mismo antes de que venga la policía y lo defienda! —gritaban, argumentando ante el torero las razones de su comportamiento.

Manuel Correa se acercó lentamente a la puerta tras la que Vicente Carrillo permanecía parapetado.

Con un gesto de la mano le exigió que levantara el seguro y comenzase a salir.

—Este hombre es como de mi sangre —hablaba despacio, con argumentos de peso—. Este hombre no se escapa. Ahora se va a venir conmigo a mi casa. Uno de vosotros va a aparcar el coche como es debido, que es lo que él estaba haciendo. —Sabía que sus órdenes serían cumplidas, por eso siguió desarrollando el plan—. La familia de Juan Alcalá va a llevar ahora mismo al niño al hospital, para que lo curen. Va a decir que se ha caído de un muro, ju—gan—do. Juan se va a esperar en su casa, que yo voy a ir a hablar con él dentro de un rato. Mi amigo es un hombre de bien. Esto lo vamos a arreglar como señores, y aquí no ha pasado nada. El niño se va a curar pronto y la solución va a ser la mejor para todo el mundo. Aquí no ha pasado nada ni nadie ha visto a este hombre. ¿Correcto? —decía. Vicente veía que ante la escasa estatura del vecindario, la altura del torero se multiplicaba. A su sombra, quién lo diría, se sentía seguro—. Venga, todo el mundo en movimiento.

Entraron en la casa de Manuel Correa, en realidad otro convoy de habitáculos que se desparramaban sin coherencia desde una modesta primera habitación, con un cielo raso de tejas que había sido cubierto por planchas de metal y caucho aislante,

para protegerlo de la lluvia. A diferencia de la de su familia de alquiler, aquí todo era viejo: una viga de madera atravesaba el aire y alimentaba a una colonia de polillas; en lugar de sofás, media docena de sillas de enea se parapetaban contra la pared de la salita, haciendo honores a una mesa—camilla que ocupaba el centro. Las paredes estaban empapeladas con un flexible sentido de la verticalidad, hasta un marchapié negro y veteado. Las losetitas del suelo exhibían una geometría de estrellas y lanzas que las pisadas y el paso de las fregonas habían vuelto indiferenciable.

Aparecieron, como provenientes de una catacumba en la que estuvieran elaborando pócimas y juramentos, la esposa y la madre del torero, que saludaron con gran reverencia cuando fueron presentadas. Se dispusieron a preparar un café de puchere-te, insistiendo en que el invitado se sintiera como en su propia casa. Vicente tomó asiento. Le temblaban las manos.

—No sabía que vivías por aquí, Manolín. Ha sido una suerte que aparecieras en el momento justo. Cualquiera sabe lo que me hubieran hecho esos bestias si me llegan a sacar del coche.

—Lo hubieran apaleado, eso es seguro. Para esas familias pobres, los hijos son un tesoro. Aunque no los atienden, ni miran por su día de mañana, cuando les pasa algo ven la oportunidad de poner en juego

las leyes de la raza, de sacar afuera toda la mala leche que llevan dentro. Yo no tengo hijos, pero me imagino que si los tuviera reaccionaría igual. Debe ser un instinto, digo yo.

Permanecieron un momento sin hablar, sentados el uno frente al otro. El trazado de las sillas crujía a cada leve movimiento, de una lejana cocina llegaban tintineos de vasos y azucareros, una tórtola enjaulada lanzaba su gurugú estéril, ensayando la metodología con que los domingos traicionaba a los de su especie. En un rincón, una hornacina exhibía un capote de paseo plegado y, sobre él, atravesados, un estoque de matar y un par de banderillas con los colores de la enseña local.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Vicente—. ¿Has pensado cómo podremos contentar a esa gente? —Y haciendo con los dedos el gesto fricativo que simboliza el dinero:— ¿Cuánto crees tú que me pedirán?

—Olvídese de eso, don Vicente. El padre de esa criatura, Juan Alcalá, es un hombre de más de cincuenta años. Está en el paro desde hace meses, pero no encuentra nada. —Ahora lo comprendía. Era cuestión de poner en relación los respectivos intereses de las partes en litigio: así encauzaba él las negociaciones.

—¿Tú crees que le interesará trabajar en la fábrica de virutas de corcho? ¿A turnos?

—Eso es seguro. Le besarían las manos, si usted lo hiciera posible. —Todo encarrilado, ahora era cuestión sólo de atar los cabos sueltos: labor de técnicos medios.

—¿Qué sabe hacer ese hombre? ¿Tiene algún oficio que pueda ser útil en la factoría? ¿Tienes idea de cuánto ha venido cobrando hasta ahora?

—Trabajó en la construcción, pero no tiene muchas luces. Cualquier puesto de peón o de subalterno le vale de sobra. Y los sueldos que se pagan en la fábrica le vienen de maravilla. En realidad, él, teniendo una ocasión de cotizar hasta la edad de jubilación tiene bastante, por eso no se preocupe usted.

—Vale, entonces decidido. ¿Tú lo vas a arreglar ahora?

—Ahora mismo, en un momento vuelvo y le traigo la respuesta. Que va a ser que sí, don Vicente, eso es seguro.

Las mujeres trajeron una bandeja con la cafetera hirviente, una taza, azucarero, lechera y una lata de leche condensada. La bandeja y las cucharillas eran de bronce y proyectaban, repujadas sobre su superficie, escenas de la vida de *Moctezuma*, momentos de su máximo esplendor y la crueldad con la que él y los suyos fueron desposeídos. Por toda la casa tenía

que haber detalles así: migajas del pasado de gloria volátil que su propietario vivió también durante unos pocos años. Vicente propuso a las mujeres compartir con él aquel brebaje insípido. Ellas se excusaron, argumentando haberlo tomado ya. Volvieron a recluirse en sus mazmorras.

Por todas las paredes habían colgado cuadritos, pendientes de hilos amarilleantes. Añadían con su inclinación más grados de sensación de acoso a la que provocaban los testers irregulares. Eran fotos de Manuel Correa, *Manolín*, saludando desde el centro de la plaza con orejas, rabos y ramos de flores, o recibiendo a porta gayola a un ensabanado y al fondo un anuncio de Fundador, o brindando con fervor la muerte de un toro a un embajador septuagenario, que dormitaba en barrera mientras un enjambre de fotógrafos immortalizaba el momento, o enredando a sus manolequinas las astas de un miura, al culminar una serie con un trincherazo, o portando en primera fila entre una multitud de brazos, con corbatita estrecha, brazalete negro y gafas de sol, el féretro de otro matador de toros cuya identidad no se podía descifrar.

También había, enmarcada entre cuatro tablillas de filis policromados, una fotografía muy antigua de lo que parecían dos novios el día de su boda. En realidad, en el estudio fotográfico habían hecho una

composición insertando dos imágenes distintas, una del hombre que exhibía gorra de cabo de marina y bigotito y otra de una mujer a la que, de sopetón, habían pintado los labios, le habían compuesto unos rizos en las sienes con mucha laca y la habían culminado con una caperuza blanca, que debía simbolizar su pureza. Las imágenes, separadas, habían sido coloreadas con tonos rojizos, verdosos, anaranjados, y se mostraban rodeadas de una turbia neblina que añadía irrealidad a su sinsentido. Ella se parecía a la madre del torero. El hombre, con un mentón redondeado y ojos huidizos, no recordaba a nadie. Vicente conocía bien ese tipo de fotomontajes: en la casa donde creció hubo uno, exhibido siempre en un lugar principal. Eran el modo con que las familias humildes camuflaban un linaje difuso, una boda precipitada, una paternidad presunta.

Se volvió a abrir la puerta de la casa. Manolín, con un capazo de esparto, entraba sonriente.

—¿Qué te han dicho?, ¿aceptan?

—Todo arreglado. Sin problemas. Querían venir en comitiva para agradecérselo y asegurarle que del atropello no se va a enterar nadie. —Con gesto de hombre de mundo añadió:— Le he evitado ese engorro, para qué quiere usted volverles a ver la cara. Pero se han empeñado en que le traiga unos regalos. Este Juan Alcalá tiene una huertecilla, y también se

dedica a menudear por el monte. —Abrió la cesta, de la que luchaban por huir los tallos y las hojas verdes. Empezó a esparcirlos sobre la mesa.— Mire: unas acelgas, una docena de huevos de campo, dos mazos de espárragos trigueros, una bolsa de tagarninas, un tronco de palmito, unas batatas para asar, un dulce de membrillo y unas algarrobas maduras. ¿Qué le parece?

Vicente Carrillo Fowler contempló, desolado, aquel bodegón que simbolizaba su predominio también allí, con el que aquellas gentes habían hecho volver las cosas a su cauce natural.

—Mira, Manolín, en mi casa no hay nadie que sepa pelar tagarninas, la sirvienta es guatemalteca, ni yo como ya ese tipo de cosas, a no ser que vayamos a un restaurante de comida casera. ¿Por qué no te las quedas tú, y les dices, cuando los vuelvas a ver, que yo les agradezco el envío, que no se tenían que haber molestado y que a mi mujer le alegrará mucho recibirlo?

—Como usted quiera, don Vicente. No le invito a que venga usted otro día a probar los guisos que hacen mis mujeres porque ya sé que está usted muy ocupado. Pero usted sabe que ésta es su casa, aquí no tiene que avisar el día que quiera venir a comerse un plato de comida caliente —le contestó, con ese

tono de admiración y misericordia que algunos dedican a los hombres de mundo.

—Bueno, a lo que íbamos. Este señor no tiene que preguntar por mí en la factoría, ni decir que me conoce. El próximo lunes, a primera hora, se presenta en el control de entrada y dice su nombre. Le detallarán la documentación que tiene que llevar y le explicarán en qué consiste su puesto. Antes del viernes estará todo arreglado.

—Por supuesto, don Vicente. Eso está claro. Usted, como maestro de lidia, hace que todo el mundo se sitúe correctamente. Con usted nadie se mueve en el callejón mientras el toro esté en la plaza.

Manuel Correa se había quitado el sombrero. Olía a sudor y a tierra mojada. Ese hombre, que se pasaba los días removiendo huesos de cadáveres, despegando de sus manos las larvas que arrasan los vientres putrefactos, tenía un pasado glorioso con el que cargaba sin ninguna dificultad, asumía su destino zigzagueante como un regalo sorpresa. Lo acababa de sacar de un aprieto y ni siquiera dejaba entrever que esperase una compensación a cambio.

—Manolín, ¿tú no querrás entrar a trabajar en la fábrica también? Para ti se podría conseguir una cosa más interesante, de jefe de cuadrilla o algo así.

—No, don Vicente. Por mí no se preocupe usted, estoy bien donde estoy. Aunque no lo crea, el pues-

to de sepulturero municipal está muy solicitado. Se cobran cuatro pagas extras y tenemos todos los descansos y las vacaciones. —Se animó a explicarle los pormenores: a Vicente no le interesaban, pero le tocaba tener que escuchar—. Como trabajamos los domingos y los festivos, sobre todo el Día de los Difuntos —rió—, nos compensan con más vacaciones, disponibles cuando nos vengan bien. El inconveniente que la gente le ve, lo de tratar con muertos, para mí es un regalo. Es a los vivos a los que hay que temer. De todas maneras, a mí, que me he encerrado en Pamplona con seis *Cebadagagos*, nada me da miedo ya. Por mí no se preocupe.

—Bueno, entonces te haré llegar algún regalo. Esto te lo tengo que agradecer, qué duda cabe.

—Ni se le ocurra, don Vicente. Aunque nunca se lo hemos dicho, usted para mi familia es algo muy importante. Ahora verá...

Se adentró en la galería de habitaciones. Al momento volvió con otro marco de tablillas. Olía a humedad, a tabaco de liar. Era la portada de un periódico comarcal, de hacía treinta años. En una fotografía que ocupaba media plana aparecían el torero y un Vicente jovencito, con traje oscuro y exhibiendo un documento entre abrazos de alegría:

**“MANOLÍN” SE CONSAGRA
TOREARÁ CUATRO TARDES EN
LAS VENTAS, POR LAS QUE SE
EMBOLSARÁ DOS MILLONES DE
PESETAS.**

Su asesor jurídico, Vicente Carrillo Fowler, que negoció el contrato durante horas, calificó el acuerdo de “conveniente” para todas las partes, y “un gran paso” en la carrera del matador.

Vicente lo recordaba. La ilusión el día de la firma. La tristeza por una lesión la semana anterior al comienzo de aquel ciclo crucial, que impidió cumplir con lo establecido en el contrato e inició el declive de la figura.

—Fue una verdadera pena, Manolín. Hubieras cuajado en figura, seguro. Pero es mejor olvidarlo, ya sabes que yo opino así.

—No digo eso, don Vicente. Para mí, aquella oportunidad ya está olvidada, claro que sí. Si lo conservo es por usted. Usted lo hizo posible, se pasó la noche negociando en aquel hotel de la Gran Vía —a base de café y centraminas, recordó él—. Sin cobrar

un duro, sin pedirme nada a cambio, sólo por amistad.

—Bueno, era el presidente de la Peña que llevaba tu nombre, era lo mínimo que podía hacer. Además, entonces éramos todos muy jóvenes. Una noche sin dormir no era una odisea, se pasaba sin problemas. Lo hice con mucho gusto, tú lo sabes, Manolín.

—Para usted eso es muy normal, porque usted tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Pero yo no me he encontrado en esta vida nadie que me eche una mano desinteresadamente. La gente es, me meteré yo el primero: la gente somos, como hienas. Se mueven sólo por el interés. Por eso guardo esta portada enmarcada. La tengo sobre la cabecera de mi cama, usted no se lo creerá. Para mí, Antonio Ordóñez y usted son lo más grande. No se lo he dicho nunca, pero daría la vida por usted si hiciera falta. Por eso le digo: a mí no tiene que hacerme ningún regalo. Al contrario, soy yo el que le agradezco la visita.

El sepulturero estaba a punto de empezar a llorar. Vicente Carrillo Fowler no estaba preparado para tanta intensidad, para tantos imprevistos en una tarde que empezó prometiendo desidia rutinaria.

—Bueno, bueno. No hace falta que te pases. Si quieres tener esa foto enmarcada, estás en tu derecho. Pero no es necesario tampoco que perdamos la

cabeza, Manolín. Ahora me voy a marchar. Mañana tengo que madrugar y antes de acostarme he de echarles un vistazo a unos documentos.

—Le acompaño al coche, don Vicente. Aunque usted ya no tiene nada que temer en este barrio, eso por supuesto.

La noche se había cerrado durante el rato que estuvieron en el interior de la casa. No había luna. Aquellas calles estaban mal iluminadas. La mayoría de las farolas boqueaban una luz temblorosa, a punto de fundirse las bombillas, o aguardaban, destripados los cajetines y con los cables colgando, a que la municipalidad las volviese a reparar. Subió en el Ritmo, que ahora arrancó al primer intento. Antes de marcharse, bajó el cristal para volver a agradecer el apoyo que el sepulturero le había brindado.

—Ya me explicará otro día qué hacía usted por estas calles y a estas horas, don Vicente —se reía, enseñando una caja de dientes muy separados—. Algo tiene usted por aquí, y muy bien que hace, que la vida es para el que sabe vivirla.

Hasta que no hubo encarrilado el vehículo en la autovía Vicente Carrillo Fowler no se calmó completamente. Por todas las calles percibía las respiraciones ahogadas del vecindario que lo espiaba, los ojos acuosos de un ejército anónimo que, parapeta-

dos tras las persianas, debían seguir con detenimiento su paso. ¿Qué opinarían de él, aquellas gentes? ¿Sentirían envidia, temor, admiración, o sólo extrañeza? Pasaba entre unas mamparas de poliuretano que habían instalado para aislar los barrios que bordeaban la carretera del ruido que ésta emitía. Puso la radio. Sonó el bíbibi payo de un cantaor flamenco, pero inmediatamente el crujido de una gravilla grisácea lo engulló.

En los últimos tiempos las gasolineras mantenían una competición callada por lograr, si no la preferencia de los conductores —arbitraria y, en todo caso, garantizada—, al menos su asombro visual. Sin vidrio, sin acero, sin pasta de caucho, sin hormigón hidráulico aquel fenómeno no hubiera sido posible. Si los propietarios no hubieran tenido otras fuentes de ingresos, si no las hubieran instituido en válvulas a las que derivar los beneficios injustificados de otras actividades; si los arquitectos más creativos, hartos de fabricar en serie barracas adosadas y bloques como composiciones de cajas de cerillas, no hubiesen desarrollado ese furor por agruparse cíclicamente en escuelas de efímero recorrido; si la autoridad hubiera opuesto trabas reglamentarias a los disparatados proyectos de las estructuras que cu-

brían los depósitos de combustible; si el divino mercado no hubiera volatilizado en pocos cursos el logotipo de la gran petrolera que antes homogeneizaba su diseño y su color, el abastecimiento se habría garantizado igual, pero la conducción resultaría más triste, menos imprevisible. Pues un conductor forastero no habría podido disfrutar, en sólo siete kilómetros, la alternativa de repostar bajo una montera de torero cónica y su voladizo de cobre, bajo un platillo volante forrado de azulejos policromados que volcaba su trayectoria hasta chocar con el césped, en el lugar donde un ángulo acogía los sanitarios o bajo una maraña de lanzas transparentes que encauzaban entre saltos las correntías de agua que provocaba el chorro de una columna también diáfana por la que ascendía y que servía como único apoyo a toda la sinrazón restante, por citar algunos de los ejemplos más descabellados.

Carrillo Fowler detuvo su Ritmo junto a un cactus digitalizado de cada una de cuyas ramas espinosas colgaba un apéndice que era un higo chumbo de precisión, que era un grifo de combustible del que el cliente tenía que autoabastecerse si quería que le cobrasen bajo una cantina de tablonés apuntillados la cantidad exacta que correspondía a los litros depositados –aunque también marcaba el número de galones, pues todo figuraba que estábamos en la

frontera de México con Texas, para generar la sensación de crudo barato y abundante—. Después de llenar el depósito, curioseó entre las estanterías del pequeño supermercado —este sí, estandarizado— hasta encontrar un momento en que el dependiente, disfrazado de bandido zapatista con poncho, cartuchera y sombrero lacio a la espalda, se distraía para ordenar el estante de las cajetillas de tabaco: ese segundo delicioso en que el tiempo se detenía y, con la respiración contenida, el pulso acelerado, conseguía ocultar en el bolsillo de su pantalón un paquete de chicles, una caja de preservativos, un tarro de mercurina que justificasen el día transcurrido. Lo más probable era que antes de llegar a su domicilio, incluso antes de salir del área de servicio, acercase el vehículo a una papelera y allí se deshiciese de su pequeña satisfacción hurtada. Incluso era posible que el dependiente, con esa piedad que vela la mirada de los oprimidos ante sus superiores, hiciera la vista gorda ante aquellas pequeñas infracciones, por el mero placer de humillar repetidas veces, en el monitor que grabaría sus nervios y sus prevenciones de ladronzuelo novato, la imagen de Carrillo: a fin de cuentas lo único de él a lo que atribuiría importancia. Era una vieja tendencia que no había logrado corregir. Siendo un niño solía trasvasar rotuladores de las carteras de sus compañeros a la propia. Luego

aprendió en los grandes almacenes a introducir trozos de mojava bajo los calcetines, en el puente ahuecado de un pie. Más tarde, cuando ya era el máximo responsable de despachos y departamentos, sustraía material de oficina hasta que, cíclicamente, algún empleado era acusado y despedido como consecuencia de la falsa imputación acumulativa de un compañero delator al que se acababa recompensando y zancadilleando también después.

Salió de la cantina. Trasladó el coche a la pequeña explanada colindante, desde la que se podían divisar los estratos de una falla expuestos al aire libre, las franjas de urbanizaciones y barriadas: de las casuchas de chapa y uralita, prendidas como garrapatas al declive del primer terraplén, a los vergeles geométricos, de pistas de hockey y pinos enanos que bebían a orillas de la playa, como el que él habitaba. La noche proyectaba un gráfico iluminado en el que las diferencias eran de intensidad y de tono. Pero él los hubiera podido reconocer, como la geografía de su propia piel, aunque lo hubieran secuestrado y, después de dejarlo sin comer durante días, lo hubieran introducido en el teleférico que sobrevolaba su cabeza, rumbo al monte del observatorio intercontinental, y lo hubieran dejado caer en aquel mismo sitio, con los ojos vendados, la vista nublada por la falta de costumbre.

Un grupo de muchachos —forasteros, sin duda— se acercó. Estaban asombrados por aquél espectáculo de iluminación —el prado espectral, lo hubiera llamado Conrado Martínez en su mejor época— y distancia. Se podía ver también, al fondo, entre las laderas de dos montecillos que confluían a la derecha, la mancha naranja de Tánger, el punto intenso de su faro cada cuatro segundos. Pidieron a Vicente que los fotografiase, con aquel manto detrás, aunque lo empeorase la malla metálica que separaba el área de servicio de la autovía. Él, solícito, se subió a un banco de hierro para mejorar la toma, enfocó una barriada que los vecinos iluminaban con decenas de fogatas callejeras y, pidiéndoles que sonrieran o dijeran patata, pa—ta—ta, los dejó fuera de plano y capturó la carrera de ponys que tenía lugar abajo, en la lejanía. Era lo que solía hacer si, estando de vacaciones, alguien le pedía que colaborase en sus fotografías: las descuadraba y apretaba el botón con una sonrisa. Lo llamaba *el disfrute diferido*: el placer por una decepción ajena, incierta y futura, de la que nunca tendría constancia. Todo un lujo, para saborearlo.

—Ya está —les dijo—. Inmortalizados. —Y les tendió la cámara, feliz porque nadie capturaría ese instante efímero que le pertenecía. Feliz porque no era

un instante, ni era efímero, ni le pertenecía, ni podría ser capturado ya.

Se apoyó en la reja de alambres cuadriculados. Sin el zoom de la cámara resultaba difícil distinguir las figuras en el barrio de bloques regalados donde a veces, con periodicidad secreta, tenían lugar las carreras. Corrían rumores de que en esas partes de la ciudad dejadas de la mano de la seguridad ciudadana había otros espectáculos que las promujeres locales degustaban acompañadas de sus chóferes y sus queridos más baratos: peleas de gallos o de perros de presa, atracones competitivos de polvorones navideños, hasta el desmayo, cópulas masivas y sin límites de excombatientes sanguinarios en todos los agujeros de mujeres desesperadas por la acumulación de deudas, luchas humanas sin guantes, sin protecciones y sin reglas, con asaltos de duración fija que ni siquiera la inconsciencia de un púgil podía interrumpir, ni su fallecimiento. Carrillo Fowler prefería aquellas carreras ridículas, aunque nunca se había acercado a las casetas donde se apostaba. Prefería contemplarlas a larga distancia, con prismáticos, en la ladera del monte que el cable del teleférico dividía, desde la terraza de una discoteca que había puesto en marcha en los bajos de una urbanización de lujo una falsa asociación cultural, que permanecía abierta

también por la tarde para justificar sus exenciones fiscales.

La inventiva de los promotores había codificado un reglamento de pocos artículos. Los jinetes debían pesar, al menos, tanto como sus monturas. No se podía golpear a los ponys, auténticas estrellas del espectáculo, ni animarlos de otro modo que con gritos de cariño y promesas de futuros placeres. Las parejas jinete obeso-caballito debían ser mixtas, en honor de la remota pasión zoofílica que sobrevolaba el ambiente. Cortaban el tráfico rodado en la mayor avenida del barrio. Trazaban un carril entre hogueras y lo cubrían de tierra esponjosa, para que las criaturitas no se lesionasen. Si, al cabo, el pony ganador era uno de los que solía pastar a placer por los matorrales públicos de la zona, se decoraba su mekena con amapolas y ramas de romero, lo paseaban como a un unicornio alado, le insuflaban en los morros el humo de los canutos y al propietario le entregaban un diez por cierto de la recaudación de las apuestas. Si el ganador procedía de la camada de un forastero, de un feriante o de un circo de paso, le entregaban un cinco por ciento y se lo llevaban apriisa en el maletero de un todoterreno, antes de que los aborígenes pusieran en práctica con ellos sus más bajos instintos. La autoridad toleraba aquellos espectáculos de sinrazón y hermosura naïf sin ningún

problema: tanto el jefe de la policía local como sus hijos windsurfistas eran unos de los más fanáticos apostantes. A la mañana siguiente una cuadrilla de desempleados expresidarios recogerían la arena y los excrementos —a cambio de dos veces el salario mínimo interprofesional—, con mucho cuidado de no despertar a los ponys resacosos, que se habrían tendido bajo las celosías de los porches usurpados, con la melenita de amapolas reposando sobre felpudos de jarapa.

Carrillo Fowler comprendía la pasión por esos animales que, como la fe temeraria imperante en las catacumbas de los primeros cristianos, estaba invadiendo la ciudad, sin respetar categorías, prestigios ni edades. Se veía ya a algunos quinceañeros con rostros de campeones unguados serigrafiados en las camisetas, y el nombre debajo: *Regular, Pelé, Tutancamon, Jocifa, Camela,...* Las imprentas locales distribuían entre los quioscos de las puertas de los colegios sobrecitos con estampas que representaban la planta y la testuz de los más conocidos, para que los niños los pudieran coleccionar en cuadernos a los que siempre les faltaba las fotografías de *Lucas y Matea*, los primeros campeones. Cientos de portales en internet propagaban la afición, aunque todavía eran muy pocos los forasteros que se atrevían a atravesar las fronteras del barrio para asistir a las compe-

ticiones: una alambrada de ilegalidad y peligro físico impedía que los mecenas deportivos promovieran los eventos.

Volvió a la autovía. Le gustaba conducir con las ventanas abiertas, sintiendo aullar al remolino que se formaba dentro del coche. Disfrutaba, a esas horas, siendo el más lento del asfalto, sacando el brazo al exterior y dejando que el aire jugase con su lasitud. Pisaba el acelerador cuando otro vehículo intentaba incorporarse por un carril de aceleración, aminoraba la velocidad si alguien, haciéndole señales con las luces largas, le pedía que la aumentase. Se acercaba al centro de la calzada si veía por el espejo retrovisor que una motocicleta intentaba adelantar aprovechando el espacio libre entre los dos carriles.

Llegó a su urbanización por un túnel de curvas, donde la furia de los envidiosos dibujaba con spray amenazas apocalípticas, proclamas demodadas y cipotes desproporcionados. ¿Decidiría la autoridad, de una vez por todas, sancionar a aquellos incívicos, que enturbiaban su vuelta a casa? Aminoró la marcha, casi hasta detenerse, para superar el badén adyacente a la caseta del vigilante. Recibió su saludo con el mentón en alto, como lo hacía al entrar en la fábrica: el poder y la propiedad tienen signos exteriores que no conviene olvidar: en ellos reside su magia.

Las calles que rodeaban su chalet tenían tanta iluminación que las golondrinas —a las que algunos propietarios, infringiendo las normas de la comunidad, permitían construir sus nidos bajo las canalizaciones de los tejados—, continuaban su vuelo de rayo hasta la medianoche. Los operarios recogían las bolsas de basura con camionetas de propulsión eléctrica, para no perturbar la paz de los vecinos más dormilones. Algunas parejas de jóvenes provenientes de otras calles ocultaban sus ansias carnales bajo arbustos a los que los jardineros podaban con forma de setas de cuento. Una ardilla se había alejado del parquecillo donde las transterraran. Roía una bellota en el centro de un cruce, como si prefiriera aprovisionarse antes de decidir qué camino elegiría para emprender la fuga.

Antes de entrar en el garaje, Carrillo Fowler se detuvo junto a la berlina de la empresa. De nuevo habían prendido un folio doblado bajo el limpiaparabrisas. Tendría que redactar una propuesta para la próxima asamblea de comuneros, había que erradicar esos atropellos. Bajó por la pendiente: el sótano estaba iluminado, pero vacío. No habían aparcado los coches de Begoña, ni de Blas, ni de Mónica. Tampoco el scooter de Curro, esa manía de dejar charcos de grasa por toda la pizarra que cubría el suelo de la nave. Permitió que el motor del Ritmo se

desfogase un momento antes de pararlo, evitando acelerar para no dejar más manchas en las paredes.

En el salón, se preguntó si algún signo podría evidenciar que alguien había vuelto en su ausencia, si alguno de sus hijos había venido para recoger un jersey, para ducharse antes de salir a cenar. Begoña podía haber sufrido una avería, por eso habría tenido que regresar en taxi. Entonces, dormiría plácidamente, emitiendo un suave ronquido y un silbido ahogado, alternativamente. No quiso comprobarlo. Tendría que esperar a que alguien abriese la puerta de seguridad para atreverse a subir a la planta de los dormitorios. Si nadie lo hacía, dormiría en el sofá, saldría el primero como todas las mañanas y no lo notarían.

Desplegó el folio que habían dejado en sus dominios, esos estafadores:

PUNTA EUROPA

Agencia Inmobiliaria

Edificio Mirador

Carretera N—340Km. 106

***¿PIENSA VENDER SU
CHALET EN “EL ENCINAR”?***

JOSÉ EDUARDO TORNAY

**¡TENEMOS CLIENTES DISPUESTOS A
COMPRAR INMEDIATAMENTE Y POR EL
MEJOR PRECIO!**

**¡APROVECHE LA OPORTUNIDAD!
¡OFERTAS INIGUALABLES!
¡IMPOSIBLES DE RESISTIR!**

**¡LLAME AL MÓVIL 773570234
PARA UNA CONSULTA O
VISITE NUESTRA OFICINA EN
LOS BAJOS DEL EDIFICIO MIRADOR!**

TASACIONES FINANCIACIÓN
ALQUILERES ADMINISTRACIÓN
Punta Europa Agentes Inmobiliarios, S.L.
CIF J11439874

No vendería. Ni siquiera llamaría para preguntar en qué consistía la oferta imposible de resistir. Aquella vivienda había representado la gran conquista de su carrera, el único escalón que no tenía ninguno más por encima. Mantenerse en él no era un logro, sino una especie de destino.

Bajo el cojín del sofá en el que apoyó la cabeza, un collar de cuentas se le enredó en los dedos. Había

dos mujeres en su casa, grandes aficionadas a la bisutería de feria, a las baratijas de los embaucadores andinos. No quiso ver las formas de aquel rosario, prefirió recorrerlo con los dedos mientras llegaba el sueño. Recordó las carreras de ponys, las grandes fogatas alineadas en las aceras, los rostros ondulantes de los apostadores, los cuerpos apretados de los animales, sus caras felices, las colas y las melenas cepilladas con tal esmero que cualquier ráfaga de aire los podía hacer alzar el vuelo. Proyectó poner en marcha una ganadería de ponys en las afueras de la ciudad. Compraría ejemplares de distintas especies, de varios países, seleccionaría los sementales y las yegüitas. Tendría que contratar a un gerente, calcular el coste de las caballerizas, que podrían ser portátiles y de madera. Pediría subvenciones para su puesta en marcha, movería hilos para que autorizaran carreras en circuitos seguros, con jinetes de un peso proporcionado. Los alimentaría con el mejor pienso. O pastarían en los jardines privados de la urbanización, ya que estaba aumentando tanto la permisividad de sus vecinos.